

E S T U D I O S

MAURICE MERLEAU-PONTY Y SU FILOSOFIA

En la noche del 3 al 4 de Mayo de 1961, murió Maurice Merleau-Ponty, el sucesor de Bergson y Lavelle en la cátedra del *Collège de France*, y el mejor, más profundo, más sincero y más auténtico pensador del grupo de filósofos que salieron de la sección existencialista de aquella Escuela de París que, entre los años 1944 y 1945, reunió bajo la supervisión de Jean Wahl y Gabriel Marcel a una serie de hombres inquietos por los problemas de la filosofía de su tiempo y ansiosos de asimilar y elaborar una nueva forma de pensamiento que estuviera a la altura y superara, en lo posible, a la corriente alemana surgida tras la crisis del hegelianismo; integrando en su seno los graves problemas que inquietaban y agitaban a la juventud descorazonada, desarraigada y decepcionada de la post-guerra.

Filósofos de prestigio como Louis Lavelle, Renè Le Senne, Albert Camus, Alphonse de Waelhens, además de los citados Wahl y Marcel, junto con el antiteísta Sartre y su grupo de «existencialistas», figuraban en aquellas movidas y dinámicas reuniones. Ninguno de ellos tenía un pensamiento metafísico suficientemente elaborado para constituir sistema y arrastrar en pos de sí a los demás. Quizás por eso el lema de la Escuela era, precisamente, la convicción kierkegaardiana de que no cabe un «sistema» de la Filosofía, porque el tal representaría la muerte de la misma Filosofía. Mas lo que sí surgió fue una *nueva manera* de pensar, un nuevo modo de enfocar los eternos temas de la filosofía una problemática diversa que rompía más o menos con el pasado, planteaba interrogantes en torno a una serie de enfoques y cuestiones preteridas o no consideradas en la generación precedente; y originaba toda esa terminología de la post-guerra que, en novelas, piezas de teatro y obras filosóficas, han aireado y divulgado, sobre todo, los del grupo llamado «existencialista».

El impacto fue serio en todos los componentes de la Escuela ; una nueva generación apareció y los encuadrados en la precedente remozaron sus obras anteriores, bien sea evolucionando de un modo claro y decidido hacia esta nueva problemática, bien procurando entroncar el pensamiento actual con las posturas idealistas y bergsonianas que defendieron antes de la guerra, retocando aquí, recortando allá y metiéndose de lleno en torno al común denominador—ya anunciado y explicitado por Heidegger—del ser-en-el-mundo, que es el subsuelo unitario, dentro de la más radical diversidad de enfoques y soluciones, de la Escuela de París (1).

Dentro de ella, Jean-Paul Sartre capitaneó a un grupo más extremista, más radical, más descontento, que pretendía romper totalmente con el pasado y que escogía como tema fundamental de sus meditaciones y elucubraciones al hombre concreto, definido como «existencia». A modo de trampolín, para lanzar sus ideas al gran público, fundaron una revista, *Les Temps Modernes*, con Maurice Merleau-Ponty de redactor-jefe, desde sus comienzos en 1945 hasta 1951 ; fecha en que, por divergencias ideológicas, rompe con Sartre y su movimiento existencialista. Mientras Jean-Paul y su grupo se lanzaba a propagar tales ideas a través de la novela, el teatro, los guiones cinematográficos y toda clase de actividades literarias, entre las cuales alguna rara vez se encontraban las obras filosóficas, Merleau-Ponty se encierra en su estudio y se dedica de un modo más pleno y cada vez más eficiente a la meditación y reflexión filosóficas y a la enseñanza. Sartre, Camus, Anouilh, Beauvoir y otros se hacen conocidísimos del gran público, y sus obras invaden los mercados del mundo entero, en especial de la América Latina ; Merleau-Ponty queda en la sombra o, a lo sumo, se tienen de él referencias contradictorias en ese gran mundo ; mas, por contraste, en los círculos especializados en filosofía de la Sorbona y del *Collège de France* la admiración por su doctrina crece de día en día y las grandes figuras que ocupan las cátedras de la Facultad de Filosofía asisten a sus cursos regulares del *Collège de France* y le prodigan alabanzas excepcionales (2).

(1) (Sobre esta Escuela de París vd. ALFRED WEBER ET DENIS HUISMA, *Tableau de la Philosophie contemporaine*, París, Edics. Fischbauer, 1957, pp. 406-410.

(2) Tal es el caso de Jean Wahl en la sesión académica de la Sorbona al presentarlo como candidato a la cátedra de Psicología del Niño ; los estudios de FERDINAND ALQUIE, *Une Philosophie de l'Ambiguïté*, Fontaine, 1946, y ALPHONSE DE WAHLENS, *Une Philosophie de l'Ambiguïté*; Maurice Merleau-Ponty, Louvain, P. U. F., 1951, y, bajo el mismo título, la introducción a la reedición de *La*

Y es que Maurice Merleau-Ponty tiene, desde su primera obra, *La structure du comportement* (1942), hasta la última, *Signes* (1960), una trayectoria fija, una preocupación seria: la de fundamentar y justificar la Filosofía a base de hacer una descripción auténtica y verdadera de la experiencia como fuente única de conocimiento; despreciando por igual y acabando de una vez con todos los dualismos inimplicables en una unidad de hecho; con todas las abstracciones que, por estudios unilaterales, parciales y, por lo mismo, viciosos en raíz, venían practicando los filósofos desde el tiempo de Descartes. Y como el tema que a todo pensador interesa fundamentalmente es el del hombre y del hombre tal como es de hecho y no tal como se le pueda concebir en ilusiones empiristas o idealistas, Merleau-Ponty comienza su revisión filosófica con la Psicología en sus mismos fundamentos, a partir de las mismas experiencias, haciendo ver lo falso de muchas conclusiones, la parcialidad y ceguera de sus métodos y alumbrando, poco a poco, de un modo lento, a veces casi amazotado, pero siempre progresivo, la filosofía del ser-en-el-mundo o del hombre en proyección permanente al mundo, concebido como conexión viviente con el mundo, que integra en una unidad dinámica e institucional toda la gama de la percepción a sus más diversos niveles y quiere describir ese conjunto funcional de conexiones vividas, en proyección y actividad constantes, que es el hombre concreto existente de hecho que habita el mundo en el sentido más hondo del *habere* y del *habitare*.

Su muerte, a los 53 años de edad, ha tronchado un pensamiento maestro de sí mismo cuando se hallaba en plena madurez; cuando la proyección de la estructura de su núcleo doctrinal se estaba extendiendo a todas las facetas de este mundo percibido; el cual, a su vez—en un movimiento de vaivén o implicación recíproca—, le servía de reajuste, reasunción y revisión de esa misma estructura; provocando la evolución de una mentalidad que, si bien despreciaba por sistema todo apriorismo y toda abstracción o mirada unilateral, se había sin embargo

Structure du comportement; los trabajos aparecidos *post-mortem* con unanimidad de criterio en este punto, como los de JACQUELINE PIATER, en *Le Monde*, del 5-Mayo-1961; PAUL RICOEUR, *Hommage à Merleau-Ponty*, en *Esprit*, Junio, 1961; XAVIER TILLETTE, *Maurice Merleau-Ponty ou la mesure de l'homme*, en *Archives Philos.*, 24 (1961), pp. 399-413, su traducción española en *Razón y Fe*, 165 (1962), pp. 127-136, y bajo el mismo título el cap. II de *Philosophes contemporaines*, París, Desclée, 1962, pp. 49-86; MAURICE DE GANDILLAC, *In Memoriam. Maurice Merleau-Ponty* (1908-1961), en *Rev. Phil. de la France et de l'Étrang.*, 1 (1962), pp. 103-106; P. ELISEO TURON DEL PIE, *El hombre, el mundo y Dios en la fenomenología de Merleau-Ponty*, Madrid, Ed. Rev. Estudios, 1961, pp. 67-97.

apegado a una muy fundamental: la de la exclusividad de lo finito, de la tierra; que le cerraba, como supuesto base, la apertura al mundo de lo infinito y de lo divino. Esperábamos que la sinceridad de su investigación filosófica, el estudio concienzudo de la experiencia, la radicación más y más fundamental como apertura exacta del mundo del hombre le llevara a considerar este apriorismo ilógico, cayendo en la cuenta de que también en esta situación la ambigüedad esencial del hombre tiene algo muy importante que decir. Pero la muerte ha tronchado esas esperanzas y Maurice Merleau-Ponty, el filósofo más auténticamente sincero de los que militaron en principio en la sección existencialista de la Escuela de París, ha quedado ahí, con una afirmación ilógica, por dogmática y unilateral, sin tiempo para hacer con ella lo que *Les aventures de la Dialectique* realizaron con aquella otra de su comunismo a ultranza defendido en *Humanisme et Terreur*. Verdad es que sobre su mesa de trabajo ha quedado un manuscrito sin acabar, *Le Visible et l'Invisible*, mas no cabe forjarse ilusiones, su postura respecto de lo infinito y divino acababa de ser formulada explícitamente en la recolección de artículos publicada meses antes de su muerte bajo el título de *Signes* (3).

I.—HISTORIA PERSONAL.

Maurice Merleau-Ponty nace en 1908, en Rochefort-sur-Mer, en un ambiente de clase media (médicos y funcionarios). Pierde a su padre en las vísperas de la primera guerra mundial. Sus primeros años de estudiante se desenvuelven en el seno de una familia católica, compuesta por su madre, su hermano y su hermana, dentro de una íntima y cerrada convivencia, que le proporcionan unos años de juventud feliz, pacífica y dichosa que recordará, más tarde, en su madurez (4) y que marcarán un mucho su carácter ponderado, algo retraído, meditativo y siempre claro y sincero, enemigo de estridencias.

Inteligente y estudioso, precoz incluso, lleva con gran brillantez sus estudios en Jason y Louis-le-Grand para, en 1926, ingresar en la Escuela Normal Superior, de la que será agregado en 1930. Se afilia a los primeros grupos de *Esprit* y traba conocimiento con Jean-Paul Sartre, que se reduce al plano de la camaradería estudiantil, aun cuando no

(3) (París, Gallimard, 1960). Cfr. pp. 88-89; 255; 305-308; 340.

(4) Sartre en un artículo titulado *Merleau-Ponty vivant* aparecido en el número especial de homenaje de *Les Temps Modernes* (1961, n.º 184-185), afirma que nuestro filósofo le confió no estar aún curado de los recuerdos de esa infancia y juventud feliz, cfr. p. 305.

fueran de la misma promoción, pero que nunca llegará a cuajar en verdadera intimidad amistosa debido a la diferencia educacional, temperamental y aun caracterológica; diferencia que luego se irá ahondando en el terreno doctrinal.

Su fe católica se va enfriando progresivamente, hasta llegar a perderla, con seguridad después de 1930; mas sin estrépitos, sin rencores, sin resentimientos y, también, sin inquietudes. Merleau-Ponty será después ateo, pero de un ateísmo que prescinde *simplemente* de Dios y que guarda respeto y consideración a los creyentes; que no siente la inquietud de lo divino y que por ello ni le declara la guerra positiva como Sartre (5), ni se tortura, como Camus, en el afán de demostrarse a sí mismo la imposibilidad de la existencia de Dios. Probablemente en su posición, durante la madurez, haya influido más el rechazo de las doctrinas idealistas de la infinitud y del Absoluto junto con el apego sentimental a un cierto marxismo desvaído, que la imposibilidad fáctica de entender una doctrina cristiana que más que conocer intelectual y profundamente en su juventud, había sólo vivido ciega y sentimentalmente (6).

En el Liceo de Beauvais perfecciona sus estudios de alemán y se familiariza con Husserl, cuya huella será cada vez más honda y profunda en su pensamiento, en especial el Husserl de la segunda época.

Profesor en el Liceo de Chartres hasta 1935, en que es nombrado agregado repetidor de la Escuela Normal Superior. Vive preocupado por la confección de su tesis doctoral: la reflexología de Pavlov, el behaviorismo de Watson, la Gestalt, el bergsonismo y el trascendentalismo de Brunschvig—quien le profesa un gran afecto y no menor admiración—son revisados y meditados una y otra vez; criticados en su mente, reformados en función de los mismos datos que aportan, y, poco a poco, se va abriendo paso en su intelecto, guiado unas veces por la Gestalt—a la que sin embargo rechaza en parte—y otras por las sugerencias que Goldstein provoca en él, la doctrina de los conjuntos funcionales, que bascula sobre los dos polos de estructura y significación; al par que toman cuerpo y sentido especial términos como «arco inten-

(5) Cfr. ntro. art.º *Anti-teísmo en Sartre*, en *Ciencia Tomista*, t. 89, n.º 281 (1962), Enero-Marzo, pp. 69-138.

(6) Lo confirma así el estudio detenido de los textos que se refieren a la religión y el Cristianismo dentro de su contexto; v. gr.: *Signes*, l. c.; *Phénomén. de la Percept.*, p. 412; *Sens et Non-Sens*, pp. 193, 364-370; *Humanisme et Terreur*, pp. 92, 206, 287, y el cap. *Christianisme et Philosophie* de que se hablará más adelante.

cional», «ambigüedad», «institución», «campo», «dialéctica» y «coexistencia», que más tarde usará profusamente.

Es también en este período cuando entabla aquellas amistades intelectuales que mantendrá a lo largo de su vida y cuando se hace popular entre los estudiantes y sus jóvenes camaradas, quienes ven en él una inteligencia precoz, maestra de sí misma, independiente y respetuosa; que sabe considerar desde una altura auténticamente filosófica los datos unilaterales que sobre el hombre y el mundo de la vida y de la física daban las ciencias empíricas y las elucubraciones idealistas.

En 1938 ha acabado ya su tesis doctoral, que publicará en 1942, bajo el título de *La structure du comportement* (7)

Durante el invierno de 1939 y la primavera de 1940, presta sus servicios como oficial de tropas, en la guerra, hasta que pasa destinado al Estado Mayor. Derrotado el ejército francés se retira a París y ejerce como profesor del Liceo Carnot, primero y luego del Liceo Condorcet; al par que va madurando su pensamiento al contacto con el Husserl de la segunda época, cuyo núcleo ideológico cree captar mejor que cualesquiera de sus epígonos y comentadores. Medita también sobre Heidegger, Kierkegaard y en general la nueva mentalidad filosófica alemana, en torno al problema de la existencia y al ser-en-el-mundo, que ya le habían preocupado antes de la guerra.

Tras la liberación, asiste a las reuniones de la Escuela de París y se mezcla con el grupo existencialista de Sartre, en colaboración amistosa con éste, frecuenta los «cine-clubs» y «boîtes» existencialistas, es redactor-jefe de *Les Temps Modernes*, desde su fundación, en 1945, hasta que en 1951 la diferencia doctrinal con el grupo se hace tan marcada y tan profunda que obliga a retirarse.

La phénoménologie de la perception (8) aparece en 1945 y constituye su segunda obra fundamental, el núcleo clave de todo su pensamiento. Partiendo del terreno despejado por la primera, formula todo un sistema filosófico que ya no será sino ampliado en algunos lugares, aclarado en otros y levemente evolucionado en los años que le quedan de vida. Es obra madura, reflexiva, serena y original. Este mismo año es nombrado profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Lyon. Y dos después publica *Humanisme et Terreur* (9), obra profundamente marxista, defensa de la doctrina de los soviets y de los proce-

(7) París, Pres. Univ. de la France, 1942.

(8) París, Gallimard, 1945.

(9) París, Gallimard, 1947.

los comunistas de Moscú, contra Koestler. *Sens et Non-sens* (10), en 1948, es la descripción del problema de la racionalidad, a la luz de los principios de *La Phénoménologie*.

Jean Wahl en una sesión memorable de la Sorbona apoya su candidatura, considerándole como talento excepcional y es llamado, en 1949, a esta Universidad como profesor de Psicología del Niño.

Vacante la cátedra que regentaron Bergson, Le Roy y Lavelle, en el *Collège de France*, se elige a Maurice Merleau-Ponty para regentarla. La conferencia de su toma de posesión, Enero de 1953, tuvo una tan extraordinaria afluencia de público que fue necesario instalar un sistema de altavoces en pasillos y clases vecinas para poder satisfacer a la concurrencia. Fué publicada bajo el título de *Eloge de la philosophie* (11). Y es desde esta cátedra en sus cursos regulares—siempre con magna afluencia de público, a pesar de la desconfianza que los estudiantes suelen tener a aquellas enseñanzas no garantizadas por la exigencia de un examen posterior—, donde desarrolla las fases más originales de su pensamiento, donde se vuelca de verdad el profesor y el filósofo maduro que Merleau-Ponty es. Y son sus oyentes quienes en verdad establecen inmediatamente la gran diferencia que existe entre el trabajo y meditación callada y reposada de Maurice y la escandalosa personalidad y «posse» propagandística de Jean-Paul.

Su adhesión sentimental al comunismo se va enfriando, sobre todo a partir de la guerra de Corea, hasta entrar en la fase del franco repudio y como rétractación de *Humanisme et Terreur* prepara *Les aventures de la Dialectique* (12), que aparece en 1955 y constituye el punto álgido de su rompimiento con Sartre, por la larga refutación que a su pensamiento dedica en el capítulo V.

En el parágrafo *Christianisme et Philosophie*, escrito en 1956, de la introducción a *Philosophes Célèbres* (13), expone su punto de vista al respecto, que hace pensar más que en el verdadero catolicismo en una doctrina cristiana muy superficialmente conocida y mirada bajo la lupa de un anti-idealismo.

La apertura más explícita al mundo del arte, poesía y otras manifestaciones culturales, viene dada por la serie de artículos y comentarios

(10) París, Nagel, 1948.
(11) París, Gallimard, 1953.
(12) París, Gallimard, 1955.
(13) París, Mazenod, 1957.

filosóficos agrupados bajo el título de *Signes* (14) que es la última de sus obras y aparece en 1960.

Un esfuerzo de nuestro filósofo para acercarse al mundo del Ser, a través del arte, es el manifestado en su último artículo *L'Oeil et l'Esprit*, aparecido en la revista *Art de France* (15), donde intenta captar, mediante la consideración del lenguaje y pensamiento «manual», «en contacto», de los pintores, lo que ese acercamiento al Ser tiene de implícito y es preterido por el pensamiento de los sabios; buscar la revelación de una vía inédita de acercamiento al Ser mudo, enmascarado, envuelto, que él llama poliforme y abismal y que a través de un sistema de equivalencias, un logos de líneas, luces, colores, relieves y masas constituye una presentación «sin conceptos» del Ser universal.

Pocos meses después, y sin que nadie pudiera esperarlo, puesto que su salud era excelente al parecer ya que se manifestaba pleno de vida y energía, Maurice Merleau-Ponty fallece en la noche del 3 al 4 de Mayo de 1961, dejando tras de sí un pensamiento en marcha, del que la nueva generación francesa de especialistas en Filosofía esperaba mucho y la honda admiración de los representantes más destacados del pensamiento francés; quienes, sobrecogidos de dolor y sorpresa ante lo inesperado de la muerte, se reúnen tras su féretro en una última manifestación de homenaje silencioso y práctico y asisten primero a los funerales religiosos, que la Iglesia concedió a petición de sus familiares y luego al acto del sepelio, donde, como dice un testigo y alumno de sus cursos en el *Collège*, «no hubo discursos, ni adioses. Pero, al borde de la fosa, el gesto del sacerdote trazó sobre la vieja tierra entreabierta, sobre la profunda cuna que aguarda a todos los hombres, el signo que trasciende y unifica todos los signos» (16).

II.—NUCLEO DOCTRINAL.

La filosofía de Maurice Merleau-Ponty ha sido definida de los modos más variados: como «filosofía de la ambigüedad» (17), de «la medida del hombre» (18), «existencialista» (19) y «fenomenología» (20), entre otros.

(14) París, Gallimard, 1960.

(15) Enero, 1961.

(16) XAVIER TILLIETTE: *Philosophes contemporains*, París, Desclée, 1962, p. 86.

(17) A. DE WAEHLENS, oo. cc.

(18) X. TILLIETTE, o. c., y *Maurice Merleau-Ponty ou la mesure de l'homme*, a. c., pp. 399-413; y en trad. españ., a. c., pp. 127-136.

(19) El mismo WAEHLENS, *Une philos. de l'Ambiguïté. L'existentialisme de Maurice Merleau-Ponty*, Louvaine, PUF, 1951; *De la Phénoménologie à l'exis-*

Pero si es verdad que cuando se trata de encasillar a un pensador dentro de una etiqueta o una fórmula definitoria siempre se comete con él una gran injusticia porque se le reduce a la visión más estrecha y cerrada del intérprete, dejando fuera una serie de matices y aún de orientaciones que formaban núcleo importante en la doctrina y que quizás era lo más original y más íntimamente amado por aquel pensador; cuando se trata de Merleau-Ponty la injusticia de ese intento sube de grado, precisamente porque su doctrina es en verdad el polo opuesto a todo intento de encasillamiento o definición previa. El pensamiento de Maurice Merleau-Ponty es todo eso que de él se ha dicho y muchas cosas más que se pueden decir y ninguna de ellas en particular; del mismo modo a como el todo integral es todas sus partes y sin embargo ninguna de ellas en particular. Con otras palabras: si la parte no define el todo, tampoco esas fórmulas definen la doctrina de nuestro autor.

Y, sin embargo, es tal nuestra condición humana que cuando nos abocamos a una filosofía queremos partir—porque lo necesitamos como hipótesis de trabajo—siempre de un supuesto conocido, de un núcleo doctrinal o definición conocida, que tenga en sí el máximo de *compreensión* posible, que nos oriente y encarrile en la adquisición de un conocimiento cada vez más *extenso*, hasta que lleguemos a la situación de poder revisar, por cuenta propia, el supuesto de que partimos y lo que hemos ido adquiriendo; revisión o reasunción que puede llevar consigo un cambio de estructuras y panorámicas al par que una mayor profundidad e intensidad. Sin ello o no comprendemos suficientemente o sólo entendemos a medias y tras largos esfuerzos, una parte del mensaje que con su obra nos quiso enviar el autor.

Que esto es así, nos lo prueba, aparte de la innegable experiencia personal que cada uno tenemos, el hecho de que todos los pensadores auténticamente tales se sienten obligados a introducir al lector (bien sea por una especie de prefacio, bien de primer capítulo que hace las veces de tal) en el centro de su obra, a través de un resumen doctrinal

tentialisme, en *Le Choix, le Monde, l'Existence*, París, Arthaud, 1948, pp. 37-70; G. BALLANTI, *L'esistenzialismo di Maurice Merleau-Ponty*, en *Riv. Filos. Neo-Scol.*, 44 (1952), pp. 458-461; R. BAYER, *Merleau-Ponty's existentialism*, en *The University of Buffalo Studies*, 1951, p. 93; *Merleau-Ponty et l'existentialisme*, en *Rev. Phil. France et Etrang.*, 1 (1962), pp. 107-117.

(20) G. SEMERARI, *Critica e progetto dell'uomo nella fenomenologia di Maurice Merleau-Ponty*, en *Il Pensiero*, Diciembre, 1960; H. J. POS, *Problèmes actuels de la phénoménologie*, Bruselas, Desclée, 1951, pp. 33-52; WAEHLENS, *De la phénoménol. a...*, a. c.; L. ZANI, *Fenomenologia dell'essere in Maurice Merleau-Ponty*, en *Riv. Fil. Neo-Sco.*, 1957, fasc. V-VI, pp. 542-549.

o núcleo proyectivo que sirva como de plataforma inteligible para ir siguiendo la evolución lenta, seca y dura del pensamiento; hasta que éste de tal modo se haya ido apoderando del ánimo y comprensión de aquél que pueda ya desprenderse de esas «andaderas» o hipótesis de trabajo y asimilar por cuenta propia, abriéndose a nuevas perspectivas y calando más y más en profundidad y en extensión. De otro modo, la obra irá a engrosar el número de las que en las bibliotecas esperan algún «iniciado» que las desvele o que otros ya «iniciados» las pongan de actualidad dando a conocer la plataforma desde la cual se puede empezar el estudio.

La filosofía de Maurice Merleau-Ponty es difícil, porque es original y es profundo; porque resiste todo encuadramiento y es lo opuesto a aquello que nos ha enseñado a pensar la filosofía moderna; porque usa muchos términos con significación nueva, suya, original, y emplea otros, corrientes en Filosofía, mas dándoles el sentido especial, restringido y a veces casi opuesto al escolástico, que usaba la generación de su tiempo en la Escuela Normal Superior de París y en la Sorbona. Por ello necesita más que otros de una plataforma introductoria, aunque atendiendo a la imposibilidad del encasillamiento de que hemos hablado, aparece claro que todo resumen o «núcleo doctrinal» de su pensamiento será injusto, desvirtuador y no tendrá otro título sino el de facilitar eso: una «hipótesis de trabajo», un anticipo inteligible para la verdadera comprensión de su teoría, que sólo podrá realizarse en una segunda etapa de revisión, reasunción y asimilación personal.

Las dos obras capitales de Merleau-Ponty son *La structure du comportement* y *La phénoménologie de la perception*. Una y otra se implican y la segunda es la superación y complemento perfecto de la intención que guió y no terminó de expresarse claramente en la primera: elaborar la doctrina de la conciencia comprometida o del ser-en-el-mundo con todas las conexiones vitales que ese término lleva en su seno. Las restantes son exposiciones ampliadas y aplicadas a una parcela del campo fenoménico, de su intuición fundamental, guía y motor de su doctrina.

En una y otra, para conseguir su fin se propone *describir* la experiencia; pero lo que las distingue, por parte del término *a quo*, es, como dice bien A. de Waelhens, «el tipo de la experiencia descrita. La

Fenomenología de la percepción se establece sin desmayo en el plano de la experiencia natural e ingenua, que describió ya el Husserl de los últimos tiempos. Si la obra acude, muy frecuentemente y con habitual ingenio, a los datos que ofrecen la psicología de laboratorio o la psicopatología, es con el propósito de aclarar o de preparar la interpretación de la experiencia natural, única que importa. Por el contrario, *La estructura del comportamiento* acepta otro debate. Se apodera de la imagen que dibujan de nosotros mismos—en colores que no siempre son armónicos—las principales escuelas de psicología experimental (sobre todo la Gestaltpsychologie y el conductismo) y se dedica a probar que los hechos y materiales reunidos por esta ciencia bastan para contradecir cada una de las doctrinas interpretativas a que el conductismo y la Gestalttheorie han recurrido implícita o explícitamente. *La estructura del comportamiento* se coloca, pues, al nivel de la experiencia no natural sino científica, y se esfuerza por probar que esta experiencia misma... no es comprensible en las perspectivas ontológicas que la ciencia adopta espontáneamente» (21).

Por parte del término final o *ad quem*, la diferencia es más radical; pues en la segunda se explicitan, amplían y complementan las directrices que sólo implícitamente se hallaban en la primera. *La phénoménologie de la perception* es la exposición sistemática, positiva y profunda de una doctrina plenamente elaborada en la mente de su autor. Es el desarrollo, a un plano filosóficamente obvio, de aquella intuición fundamental y oscura que, no obstante, había guiado al autor en la elaboración de *La structure du comportement*. Por ello, mientras el sentido de la primera es, pese a lo que pueda decir A. de Waelhens (22), fundamentalmente negativo, a saber, crítica de las conclusiones y doctrinas de la psicología experimental que se enseñaba por aquellos años (1935-1938) en París y que militaba bien sea en aquel «realismo» de fines del siglo XIX y primer tercio del presente, el cual a su vez procedía de una reacción no superada por entero frente al positivismo pero manteniéndose de un modo u otro dentro de los supuestos del criticismo; bien en el «espiritualismo» de la misma época que, viviendo en unos supuestos similares, intentaban también reaccionar frente al positivis-

(21) *Una filosofía de la ambigüedad*, prólogo a MAURICE MERLEAU-PONTY, *La estructura del comportamiento*, traduc. españ. por ENRIQUE ALONSO, Bs. Aires, Lib. Hachette, 1957, p. 16. (Utilizaremos para las citas esta trad. españ. bajo las siglas EC).

(22) Cf. EC, pp. 15-16.

mo sin lograrlo del todo ; bien en una especie de eclecticismo de ambos que intentaba yuxtaponer unas y otras doctrinas, unas y otras teorías psicológicas. El de la segunda, en cambio, es plenamente positivo : aprovechar el desbroce del terreno realizado por aquella, para elaborar una doctrina original que, revisando desde sus fundamentos mismos la filosofía, siguiendo el método de la descripción fenomenológica y a partir de los datos de la psicología y de la experiencia natural e ingenua, integre dentro de sí la problemática de la filosofía alemana contemporánea y nos dé una filosofía radical o trascendental del hombre como ser-en-el-mundo, como conciencia encarnada y proyectada o abierta, por lo mismo, al mundo ; mas no al «mundo de cosas» del «realismo», ni al «mundo objetivo» del «espiritualismo», porque ello equivaldría a postular un nuevo supuesto criticista, sino al mundo verdadero, a ese «mismo mundo numéricamente uno» que todos tenemos conciencia de percibir.

Es evidente que la doctrina que expone de modo pleno y acabado, sistemático en la *Phénoménologie de la perception* y que sólo ha sufrido ampliaciones pero no correcciones fundamentales en las obras posteriores, no la tenía elaborada en su mente cuando escribió *La structure du comportement*. Sin embargo la intuición, motor y guía de su pensamiento, que se explicitará después, se descubre ya en ésta.

En efecto, a la hora de pensar en su obra doctoral se tropieza Merleau-Ponty con el heterogéneo panorama que la psicología contemporánea presentaba ante él. Por una parte, las teorías del reflejo y del paralelismo psico-físico intentaban explicar la conducta humana, la percepción y el conocimiento bien sea en función de los datos de la física, bien de la anatomía o bien de la fisiología. En el fondo no se salvaban de un verdadero materialismo. Aquello que es propio y específico del hombre, la inteligencia y libertad, cuando no se negaba, recibía explicaciones tan poco satisfactorias que venía a reducirse prácticamente a nada. Frente a ellas se presentaban las teorías espiritualistas que defendían un finalismo, que acababa a la postre siendo irracional y pretendían explicar todo el universo reduciéndolo a mundo percibido, a objeto de la conciencia, cuando no, constituido por ella misma, en virtud de una serie de principios de causalidad o relación causa-efecto que, al ser aplicada a la Psicología, tenía un estrechísimo parentesco con los anteriores. Ni conductismo, por una parte, ni Ges-

Welttheorie, por la otra, daban explicación clara y satisfactoria de los actos humanos, del orden humano, en su originalidad frente a las bestias y a las cosas; de la libertad como constitutiva de un mundo humano, de la actividad humana en la creación de un mundo cultural, etc.; ni podían aclarar todas las implicaciones que el hecho de existir hombres en el mundo lleva consigo.

Merleau-Ponty entrevió claramente que si todos los esfuerzos de sus contemporáneos por integrarlas resultaban baldíos, ello estribaba en que el intento se había planteado al nivel de las conclusiones, mas no al de los supuestos. Por eso se remonta hacia atrás y comprende que unas y otras vivían sobre los mismos postulados, aquellos que el criticismo había impuesto, pero que tenían su última base en Descartes: dualidad entre extensión y pensamiento, que habían originado el empirismo y el racionalismo, no tan distintos en sí mismos como se supone. Tanto «realistas» como «espiritualistas» e «intelectualistas» (estos términos se refieren siempre a las doctrinas de la segunda mitad del siglo XIX y primera del actual) partían explícita o implícitamente de la base, evidéntísima para ellos aun cuando no se hubieran preocupado jamás de demostrarla, de un doble dualismo: el de la extensión—que traducían por «mundo objetivo», «mundo exterior», «universo de cosas», «fenómenos», «representaciones», «hechos» y «datos» físicos o psíquicos—, y pensamiento—que significaban como «conciencia», «idea», «razón», «inteligencia»—; y el del cuerpo concebido como extensión—y por ello incluido dentro de los nombres con que ésta era traducida—y pensamiento, entendido como pensamiento puro o cualquiera de los títulos con que éste se empleaba. Sólo que mientras los unos acentuaban de tal modo el carácter material del «objeto» y su «realismo» como «cosa», que llegaban hasta el extremo de considerar al cuerpo como un objeto o una cosa más entre los objetos o cosas, e incluso hasta hacer del pensamiento una segregación del cerebro y lo psíquico del mismo orden que lo físico dentro de una diferencia gradual—por sus caracteres—e intentaban así explicar todo el orden psíquico por un paralelismo con el mundo de lo físico (el uno sería el anverso y el otro el reverso de una misma realidad); los otros, por su parte, distinguían bien ambos mundos, pero a ese que llamaban «objetivo» le hacían interior a la conciencia, constituido por ella, como una serie de relaciones o correlaciones paralelas a las mismas leyes y finalidad de la conciencia; el cuerpo pertenecía también al «mundo objetivo» y en cuanto tal estaba guiado por las mismas leyes y normas constitutivas de la conciencia. Unos y

otros, por consiguiente, distinguían radicalmente el mundo de la extensión del de la conciencia; ambos los hacían correlativos, aun cuando el principio fuera al parecer diverso; los agrupaban bajo las mismas leyes, los mismos fines y las mismas relaciones de causa-efecto. Por eso, si bien sus formulaciones en Psicología, materialmente consideradas, parecían diferir, formalmente no acontecía así, puesto que ambos se apoyaban en los mismos supuestos previos.

Realistas y espiritualistas pretendían reducir a la unidad ese dualismo de mundos, si bien salvando la distinción y para ello acudían a métodos aparentemente diversos, pero que en realidad eran uno mismo, sólo que de distinto signo: los primeros, estableciendo un paralelismo de tal género entre lo físico y lo psíquico que pudo llegar en algunos hasta la materialización de lo psíquico, convirtiendo a la conciencia en una conciencia-cosa como las demás cosas, en una conciencia-objeto como los demás objetos; los segundos reduciendo lo físico a un «mundo objetivo» por y para la conciencia constituido por ella y hallando en ella misma la distinción de ambos como un «en-sí» y un «para-sí». Mas, en ambas teorías el resultado era que lo inferior se explicaba por lo superior y lo superior por lo inferior, es decir, que en la práctica se reducía lo físico a lo psíquico y viceversa; bien fuera mediante la conjunción de ambos en un «mundo de cosas» bien en un «mundo objetivo». El criticismo seguía siendo el postulado básico de los dos, y el concepto del hombre como un modo original de ser-en-el-mundo, como una unidad integral de cuerpo y alma, no se explicaba o salvaba ni en uno ni en otro.

Merleau-Ponty, ayudado por la meditación del Husserl de la segunda época y por la lectura de Kierkegaard, Heidegger y Jaspers, llega a la intuición de que el hombre no es una dualidad de sustancias completas (cuerpo y alma) al modo cartesiano, ni tampoco de «cosa» e «idea», ni es sólo un fragmento de extensión ni tampoco un ser «para una conciencia»; sino que es una unidad integral dinámica de ambas; una «conciencia encarnada» de tal modo peculiar que por esa encarnación la conciencia no pueda ser ya más una «conciencia pura» o un puro «para-sí», ni el cuerpo una «cosa» o formando parte de un «en-sí», antes bien, que por esa encarnación el cuerpo humano adquiere un modo de ser propio y original que le distingue radicalmente del cuerpo físico y del cuerpo viviente del animal; el hombre, en cuanto «conciencia en-

carnada» tiene unas estructuras propias, un modo de ser exclusivo, que le hace reaccionar frente a los estímulos, frente a las cosas del mundo con una forma típicamente suya y esencialmente distinta, por lo mismo, de la del animal, la planta o la cosa. Y porque es una «conciencia encarnada» es también un ser-en-el-mundo; con un modo de ser también original respecto del ser-en-el-mundo del animal, pues el mundo de éste se encuentra restringido a un campo determinado por el *a priori* de la especie y su modo de estar abierto al mundo es también un modo determinado por ese *a priori* de su especie (la escolástica había ya dicho que estaba determinado «ad unum»); el modo de ser-en-el-mundo del hombre, en cambio, no está determinado por ningún *a priori* sino que es un modo contingente y libre, supone un conocimiento y una libertad y... supone también—es lo más importante—un modo de volcarse al mundo, pues se dirige a él, no atraído de modo ciego o determinado por los estímulos o por los objetos, sino haciendo ser estímulo u objeto a la cosa que está ante él, dándole una serie de *sentidos* que la cosa en su estado natural no parecía tener, aunque sí poseía la capacidad de recibirlos (puede considerar esa tela como objeto de contemplación, de abrigo, para hacerse un traje, etc.); puede pues conferir una serie indefinida de sentidos nuevos a cada cosa natural; no es la cosa la que se le impone y le dicta su actuación, ni es tampoco él quien *constituye* a la cosa en su conciencia como objeto, sino que es él quien a la cosa, que está ahí, la da un sentido y la recibe en cuanto tal; pero con ello no se agota el ser de la cosa, pues ésta puede seguir recibiendo infinidad de sentidos. En esta implicación de significación y estructura (intencionalidad e integración) que es el hombre abierto a la implicación de sentido y estructura que es la cosa, se establecen una serie de conexiones vitales que permiten la actividad humana, bien sea para transformar el mundo, de su estado natural al estado de uso (en toda la gama de instrumentos y artefactos mecánicos, físicos, culturales, sociales...), bien para enriquecer al propio hombre, haciendo que éste adquiriera nuevos hábitos, nuevas aptitudes, nuevos comportamientos, nuevos conocimientos, nuevas cualidades morales, nuevas estructuras cada vez más ricas, más hondas, más extensas y más intensas (en lo mecánico, físico, artístico, social, moral..., cultural en una palabra), haciéndole así cada vez más ser, radicándole cada vez más en la existencia, en el mundo; puesto que esa apertura cada vez mayor al mundo equivale, con otras palabras, a un mayor enriquecimiento de sí mismo y de ese mundo que tiene cada vez unos horizon-

tes más amplios. De este modo la actividad humana amplía los horizontes del mundo, descubriendo nuevas perspectivas, dándole sentidos más hondos y más amplios; al par que extiende también sus propias posibilidades personales, su capacidad de abrirse, de significar o dar sentido, pasando al acto una serie de capacidades que tenía en potencia.

Esta intuición o modo de concebir al hombre, Merleau-Ponty intenta plasmarla en *La structure du comportement*, aunque sólo al nivel, quizás algo oscuro y confuso, que entonces poseía; procediendo a una crítica de la teoría del «reflejo condicionado» para hacer fracasar la del «paralelismo psico-fisiológico» tal como se entendía entonces y con ella el empirio-realismo por una parte y, por la otra, para recortar a la Gestalttheorie algunas de sus conclusiones y elaborar una nueva concepción de «forma» que le permita plasmar la integración de cuerpo y alma en esa unidad funcional que bascula sobre las nociones de estructura y significación, dejando abierta la puerta para desarrollar una filosofía radical, verdaderamente trascendental (sin tonalidad criticista) del hombre, a partir de la percepción, que es la verdadera fuente de la experiencia. Por eso, escoge una noción que sea neutra, que no tenga tonalidad especial para ninguna de las dos corrientes que va a criticar, la noción de «comportamiento» (que no identifica con la específica definición del «conductismo») y es por una descripción de los modos de comportarse o reaccionar el animal y el hombre como consigue su fin, rechazando—como medio de prueba—el «reflejo condicionado», todo paralelismo fundado en la relación «causa-efecto» o en la finalidad espiritualista; estableciendo tres órdenes de actividad: físico, vital y humano, irreductibles entre sí, ninguno de los cuales explica a los otros; con lo cual hunde por su base todo mecanicismo, automatismo de los animales y materialismo. Finalmente, una descripción del comportamiento humano le lleva a la integración de «cuerpo y alma» y termina planteando el problema de la conciencia perceptiva.

La *Phénoménologie de la perception* recoge aquí la tarea y mediante el estudio de la percepción, por descripciones fenomenológicas, llega a elaborar toda la doctrina e implicaciones más fundamentales del «ser-en-el-mundo» o «conciencia encarnada» que el hombre es y que acabamos de indicar.

Siendo así las cosas y a pesar de la enorme importancia que para la Psicología tiene *La structure du comportement*, en forma tal que no se

puede seguir tratando de esa disciplina sin conocer antes esta obra, vamos aquí a limitar nuestra exposición a aquellas directrices generales filosóficas que nos interesen para el conjunto general del sistema y para la mejor comprensión, después, del significado de *La phénoménologie de la perception*.

III.—«LA STRUCTURE DU COMPORTEMENT».

«Nuestro objetivo —dice Merleau-Ponty en la Introducción— es comprender las relaciones entre la conciencia y la naturaleza—orgánica, psicológica e incluso social—. Entendemos aquí por naturaleza una multiplicidad de hechos exteriores los unos a los otros y ligados por relaciones de causalidad» (23).

Dos son las corrientes de pensamiento—según el autor—que intentan decir, cada una por su parte, la última palabra: «una filosofía que hace de toda la naturaleza una unidad objetiva constituida ante la conciencia, y las ciencias que tratan al organismo y a la conciencia como dos órdenes de realidades y, en su relación recíproca, como 'efectos' y como 'causas'. ¿Se halla la solución en un retorno puro y simple al criticismo? y, una vez hecha la crítica del análisis real y del pensamiento causal ¿nada hay de fundado en el naturalismo de la ciencia, nada que 'comprendido' y traspuesto pueda encontrar lugar en una filosofía trascendental?» (24).

Ambas corrientes son irreductibles entre sí, parten de principios diversos y se mantienen bajo supuestos ontológicos, al parecer, también diversos, no admiten componendas; pero la confusión es de tal grado que, buscando una vía media de solución al mismo nivel, intentan yuxtaponerlas. Mas esto no sólo no despeja el problema sino que, antes bien, lo agrava y complica.

Merleau-Ponty ve que la solución no puede estar en un eclecticismo al nivel de las formulaciones de unas «experiencias científicas» cuyos supuestos se postulan, es decir, se admiten sin más como verdaderos e incuestionables; sino al nivel de los mismos supuestos; en la reasunción del problema desde sus orígenes para dar con una filosofía trascendental, esto es, radical que se fundamente a sí misma desde sus comienzos y «comprenda» y trasponga lo que de fundado haya en una u otra corriente.

(23) EC, *Introduc.*, p. 19.

(24) *Ibid.*, p. 20.

Aún así, cabían dos procedimientos para exponer la solución: desde «arriba» y desde «abajo». El primero, tentador y seguido por algunos de los del grupo «existencialista», le brindaba la oportunidad de lanzar una teoría «metafísica» que le colocara de golpe en la región de los creadores de sistema. Bastaba con formular de modo explícito su intuición del modo de ser del hombre como ser—en—el—mundo original, o «conciencia encarnada» y abierta al mundo, en proyección constante, como estructura de conexiones vivientes en él; para agrupar bajo sí todo lo que de verdadero había en las dos corrientes en pugna, realizando por un procedimiento de «descenso» una nueva «comprensión» y trasposición de aquellos términos.

Pero corría el peligro de perderse en el esfuerzo, colocándose de golpe en una dimensión trascendental, sin justificar debidamente; que se hubiera supuesto eternamente dada y olvidase el verdadero problema de la constitución de ese mismo punto de partida; es decir, de cómo se llega, a través de la experiencia, a concluir que el sujeto de los fenómenos u hombre existente de hecho, no es una conciencia absoluta, ni una conciencia-testigo, ni una conciencia-cosa frente o al lado de una naturaleza-cosa (la que se define como «una multiplicidad de hechos exteriores los unos a los otros y ligados por relaciones de causalidad»), ni menos una máquina de reflejos o un «psiquismo» paralelo a una «fisiología» relacionado por la constante «causa-efecto», ni admitir sin reservas que entre el alma y el cuerpo haya «una relación de expresión comparable a la del concepto y la palabra; ni definir el alma como el 'sentido del cuerpo', al cuerpo como 'manifestación del alma'. Estas fórmulas tienen el inconveniente de evocar dos términos, solidarios quizá, pero exteriores el uno al otro y cuya relación sería invariable» (25). Sino que hay que definir al sujeto u hombre concreto, existente de hecho, como «conciencia encarnada», como un ser en el que la unión de una idea y de una existencia es indiscernible (26), pues «los dos términos—alma y cuerpo—, nunca pueden distinguirse absolutamente sin dejar de ser... Al volver a esta estructura como a la realidad fundamental, hacemos comprensible a la vez la distinción y la unión del alma y el cuerpo» (27).

Merleau-Ponty era demasiado sincero con su pensamiento y suficientemente maduro para incurrir en los mismos defectos que criticaba;

(25) EC, pp. 289-290.

(26) Cf. EC, p. 286.

(27) EC, p. 291.

al menos para hacerlo de manera consciente. Por eso, adopta el segundo procedimiento : comenzar desde abajo, a saber, desde la Psicología ; para ir siguiendo los pasos que conducen a la negación de los supuestos en que se basan las otras teorías e ir haciendo aparecer las raíces filosóficas sobre las que hay que montar una verdadera filosofía del hombre, que quiera ser radical, que se base y justifique a sí misma. Pero esto último no es posible, lograrlo sólo mediante la psicología, sobre todo cuando se la considera al nivel de la ciencia experimental, sino que hay que utilizar o anticipar una visión filosófica que haga comprensibles los puntos de vista bajo los cuales aquellos supuestos puedan ser verdaderos y sirva de criterio para juzgar de los resultados de esas llamadas «experiencias científicas». «Así, nosotros no podíamos comenzar sin la psicología, pero tampoco con la psicología sola. La experiencia anticipa una filosofía como la filosofía no es más que una experiencia dilucidada» (28).

¿Cuál iba a ser el punto de partida que, siendo común, no comprometiera sin embargo a nada, no ligara por anticipado a una de las soluciones? Merleau-Ponty considera que debe ser el estudio o «análisis de la noción de comportamiento». Esta noción nos parece importante porque, considerada en sí, es neutra con respecto a las distinciones clásicas de lo 'psíquico' y de lo 'fisiológico' y puede, por tanto, proporcionarnos la ocasión de volver a definirlos» (29).

El método que en esta obra sigue es el del análisis de las doctrinas de psicología experimental a través del modo de reaccionar los elementos físicos, y de comportarse los seres vivos y el hombre. No inventa nuevas experiencias ni siquiera pretende contraprobar las que se aducen, sino que acepta esas mismas, las analiza desde sus mismos supuestos y hace ver como son precisamente ellas las que niegan todo mecanicismo, automatismo, atomismo y «espiritualismo». Lo físico no explica lo anatómico, como éste no explica lo fisiológico y como lo psíquico no se reduce a lo fisiológico. Pero tampoco el orden humano se explica por o es reducible al orden vital. Una verdadera Psicología debe eliminar todo supuesto previo y comenzar por una descripción de la experiencia científica y natural, mas guiada siempre por una filosofía radical, que se fundamente a sí misma, que se plantee siempre como el

(28) *Phénoménolog. de la percept.*, o. c., p. 77. (En lo sucesivo citaremos esta obra bajo las siglas PhP).

(29) EC, p. 21.

problema más fundamental el de su propia justificación. Solo así, liberada de psicologismos, podrá la Psicología contribuir y ayudar a la constitución de una Filosofía trascendental o radical, única que podrá dar solución completa a las relaciones entre «conciencia» y «naturaleza», mas todos los problemas que éstas plantean «se reducen al problema de la percepción. Este reside en la dualidad de las nociones de estructura y significación» (30). Así, eliminadas y fracasadas las teorías que oscurecían el problema y solucionado éste con la integración verdadera de sus términos en una unidad de estructura que *tiene* y *es* significación, se abre el campo para la segunda obra capital de Merleau-Ponty. Mas, no anticipemos conclusiones, retomemos lentamente el hilo del discurso de nuestro autor y sigámosle hasta el final.

1.—*El problema y sus aparentes soluciones.*

Ya vimos que es el de comprender las relaciones entre «conciencia» y «naturaleza» en el sentido que hemos explicado ambos términos. ¿Soluciones?

«En lo que concierne a la naturaleza física, el pensamiento crítico aporta a este problema una solución muy conocida: la reflexión descubre que el análisis físico no es una descomposición en elementos reales, que la causalidad en su sentido efectivo no es una operación productora. No hay, pues, naturaleza física en el sentido que acabamos de dar a esa expresión; nada hay, pues, en el mundo que sea extraño al espíritu. El mundo es el conjunto de relaciones objetivas llevadas por la conciencia. Puede decirse que, en su desarrollo, la física justifica de hecho esta filosofía. Se la ve emplear indiferentemente modelos mecánicos, dinámicos e incluso psicológicos, como si, liberada de pretensiones ontológicas, se volviera indiferente a las antinomias clásicas del mecanicismo y del dinamismo que suponen una naturaleza en sí» (31).

De aquí surgirá la concepción psicológica de la ciencia física que pretende explicar el comportamiento del ser vivo e incluso del hombre a ejemplo del «comportamiento» de las reacciones físicas o modelos físicos de laboratorio, pues unos y otros se rigen por las mismas leyes objetivas de la conciencia. Se formulan teorías antropomórficas para explicar no sólo las reacciones animales sino también incluso las físicas, se habla de formas, de relaciones, de fines, intenciones, actividades, et-

(30) Cf. EC, p. 307.

(31) EC, *Introduc.*, p. 19.

ctera, como si el mundo real estuviera surcado por una razón o inteligencia que lo explicara todo. Como el mundo es objeto constituido por una conciencia se acepta, como evidente sin más, que lo físico, anatómico y fisiológico se explique por lo psíquico y viceversa.

«La situación en biología es diferente. De hecho, permanecen abiertas las discusiones alrededor del *mecanicismo* y del vitalismo. La razón es, probablemente, que el análisis de tipo físico-matemático progresa allí muy lentamente; que así nuestra imagen del organismo es aún, para los más, la de una masa material *partes extra partes*. En tales condiciones, el pensamiento biológico permanecerá las más de las veces realista, ya yuxtaponga mecanismos separados, ya los subordine a una entelequia» (32). Es decir, viven todavía dentro del empirio-criticismo, pues ésta es la significación que en nuestro autor tiene la palabra «realista»; lo cual, por lo tanto, supone también una doctrina ontológica previa.

«En cuanto a la psicología, el pensamiento crítico no le deja otro recurso que ser, por una parte, una 'psicología analítica' que, paralelamente a la geometría analítica, halla el juicio presente en todos lados, y, por la otra, un estudio de ciertos mecanismos corporales» (33). Y esto dará origen a los graves errores sobre la percepción y la sensación, que va a demostrar son negados por las mismas experiencias de la ciencia experimental y por la psico-patología. Basta con desprenderse del supuesto sobre el que tal teoría bascula para comprenderlos, pues el comportamiento humano, considerado al nivel de una descripción de la experiencia tanto científica como natural, niega el supuesto intelectualista de que el mundo sea la obra de relaciones objetivas o de objetivación constituida por una conciencia.

Por lo tanto, la psicología en la medida en que ha querido ser una ciencia natural, ha tenido que mantenerse fiel al realismo del corpóreo o más bien materialismo, que busca la explicación de los hechos corporales por la relación de causa-efecto, siguiendo el modelo de la física. Y así, a comienzos de siglo, dice Merleau-Ponty, el materialismo hacía de lo «psíquico» un sector particular del mundo real: entre los hechos en sí—considerados como cosas—, algunos en el cerebro tenían la propiedad de existir *también* para sí. La antítesis espiritualista ponía la conciencia como causa productora o como una cosa: pri-

(32) *Ibid.*

(33) EC, pp. 19-20.

mero fué según el realismo de los «estados de conciencia» ligados por relaciones de causalidad, segundo mundo paralelo y análogo al «mundo físico», según la tradición de Hume; luego el de la «energía espiritual», que substituía los hechos psíquicos discontinuos por una multiplicidad de fusión y de interpenetración, una realidad fluyente; pero la conciencia permanecía análoga a una fuerza. El universo de la física era considerado como una realidad en sí, dentro del cual aparecía la conciencia como una segunda realidad, que se distinguía de aquélla, es decir, de los seres de la naturaleza, como una cosa de otra cosa sólo por un cierto número de *caracteres*, como que el hecho psíquico *es* inextenso, conocido por uno solo, etc. E incluso la doctrina de Freud aplica a la conciencia metáforas energéticas y da cuenta de la conducta por interacciones de fuerzas o de tendencias. De este modo se encontraban yuxtapuestas, entre sus contemporáneos, en Francia, dos corrientes: la de la filosofía intelectualista que convierte a toda la naturaleza en un objeto constituido ante y por la conciencia, de una parte, y de la otra, una psicología científica que consideraba el organismo y la conciencia como dos órdenes de realidades, relacionadas entre sí por la correspondencia causa-efecto. Mas, en el fondo, una y otra no diferían en nada porque el supuesto ontológico sobre el que descansaban era el mismo (34).

Revisar estos supuestos en función de una filosofía trascendental que se instale en el dominio descriptivo de las experiencias científicas será la única vía de solución y la que emprenda nuestro filósofo. Y lo hará a través de la noción «neutra» de comportamiento.

2.—*El comportamiento reflejo.*

Se trata de averiguar cómo se comporta el organismo en relación con aquel medio que actúa inmediatamente sobre sus terminaciones sensoriales, bajo forma de estimulaciones físicas y químicas.

Analiza una multitud de experiencias de laboratorio realizadas por los psicólogos haciendo ver, en su interpretación, cómo fracasan la concepción clásica del reflejo y sus hipótesis auxiliares, pues «si es posible encontrar una ley del comportamiento, esta ley no podría relacionar directamente las reacciones observadas con ciertos dispositivos

(34) Cf. EC, p. 20.

locales ; éstas dependen del estado total del sistema nervioso y de las intervenciones activas necesarias para la conservación del organismo» (35).

El estudio de la «reacción» en el comportamiento reflejo, le lleva a concluir que «a medida que se quieren precisar las nociones de estímulo, de receptor, de arco reflejo, se las ve confundirse unas con otras ; el reflejo deja de ser una serie de hechos yuxtapuestos en el cuerpo y se concluye que... El estímulo adecuado no puede definirse en sí e independientemente del organismo ; no es una realidad física, es una realidad fisiológica o biológica... el agente físico-químico es la *ocasión* más que la causa... la excitación misma es ya una respuesta, no un efecto importado del exterior al organismo, es el primer acto de su funcionamiento propio. La noción de estímulo remite a la actividad original por la cual el organismo recoge las excitaciones dispersas local y temporalmente en sus receptores y *da una existencia corporal* a esos entes de razón que son el ritmo, la figura, las relaciones de intensidad ; en una palabra, la forma de conjunto de los estímulos locales. No siendo decisivas las excitaciones puntuales, tampoco podría serlo el *lugar de la excitación*, lo que confirma la labilidad de los campos receptores (36).

Explicar las «excepciones» (como el hecho de que el estímulo parcial pueda dar lugar a efectos variables y el mismo elemento nervioso pueda funcionar de manera cualitativamente diferente según lo prescrito por la constelación de los estímulos y por la elaboración a que ésta da lugar más allá de las terminaciones sensoriales discontinuas) recurriendo a las hipótesis auxiliares de inhibición y control, carece de fundamento, pues «según los casos, cada parte del sistema nervioso puede aparecer inhibitoria e inhibida. Podría decirse de la inhibición lo que se ha dicho de la coordinación : que tiene su centro en todas las partes y en ninguna. Inhibición y control no explican, en último análisis, el funcionamiento nervioso. Suponen ellos mismos un proceso que regula su distribución» (37).

Incluso Sherrington, que trata de salvar los principios de la fisiología clásica (se entiende por tal la que surge a partir de la concepción ontológica cartesiana y que es la que defiende esta teoría del reflejo que aquí se está combatiendo) llega a afirmar que todo depende de todo en el organismo, que el orden de las creaciones no puede estar fundado sobre estructuras anatómicas preestablecidas exclusivamente, sino que

(35) EC, p. 47.

(36) EC, pp. 53-54.

(37) EC, p. 54.

llega a comprobarse, a propósito de los hechos de irradiación, que un orden biológico—el de los movimientos de la marcha—sustituye el orden mecánico de las conexiones anatómicas; que el reflejo clásico es una abstracción pues el orden no puede ser explicado por la autonomía de trayectos nerviosos preestablecidos; que las inhibiciones y los controles deben estar sometidos, a su vez, a una regulación superior y que ni siquiera en ese grado se encuentra el reflejo puro.

Deberá, pues, concluirse en la necesidad de introducir «en el funcionamiento nervioso un principio que *constituya* el orden—adaptación de la respuesta al estímulo y la de las partes de la respuesta entre sí—en lugar de sufrirlo. Es paradójico conservar teóricamente la noción del arco reflejo sin poder aplicarla en parte alguna» (38). Lo cual es ya una primera conquista, no tanto por lo que se niega cuanto por la necesidad que se afirma: de dotar el sistema nervioso de un principio, perteneciente a un nivel superior, que fundamente la existencia de un orden, por la simple razón de ser quien lo constituya. ¿Cuál es ese principio?

El estudio de la interpretación del reflejo en la Gestalttheorie, partiendo del de fijación ocular, que le ha servido para definir la concepción clásica del funcionamiento nervioso, le lleva a rechazar nuevamente la citada teoría clásica del reflejo, y a introducir las nociones de forma» y «estructura» que serán luego consideradas y reelaboradas.

En primer lugar, las contradicciones que se encuentran en la hipótesis de las estructuras anatómicas o explicación del reflejo por las conexiones anatómicas preestablecidas, al relacionarlas con la inervación motora de los movimientos vitales que exige ser regulada a cada momento y en cada caso teniendo en cuenta las particularidades de la situación, y que esas regulaciones se ejecuten instantáneamente, lleva a encontrar su origen en los procesos aferentes que preparan la reacción motora y por consiguiente que, contra la teoría del arco reflejo que lo supone compuesto por una rama centrípeta independiente por completo de la rama centrífuga, hay que afirmar que «la parte receptora y la parte motora del sistema nervioso deben dejar de ser concebidas como aparatos independientes cuya estructura estaría establecida antes de entrar en relación... los hechos sugieren por el contrario que lo sensorio y lo motor funcionan como partes de un solo órgano» (39).

(38) EC, p. 56.

(39) EC, p. 60.

Por ello, las estructuras anatómicas deberían ser consideradas: «cuando son innatas, como las condiciones topográficas del desarrollo funcional en su origen, modificables por el funcionamiento mismo..., cuando son adquiridas, como el resultado del funcionamiento más habitual, y la anatomía, como un corte en el devenir de la fisiología. En fin, si se estableciera que los procesos nerviosos van siempre a reestablecer en cada situación ciertos estados de equilibrio privilegiados—es decir, más frecuentes de lo que se hubiera esperado considerando una por una las condiciones externas e internas de la conducta—, estos últimos representarían los valores objetivos del organismo y se tendría derecho a clasificar los comportamientos con relación a ellos en ordenados y desordenados, significativos o insignificantes. Estas denominaciones, lejos de ser extrínsecas y antropomórficas, pertenecerían al ser vivo como tal» (40). Consecuencias éstas, que encuentra verificadas no sólo en las experiencias de trasplante ocular de Marina, sino en las de Koehler—cuya hipótesis le ha servido para llegar a tales conclusiones—, Guillaume—con niños—, Koffka, Goldstein y otros.

Las experiencias de Trendelenburg sobre la puesta en funcionamiento de acciones de reemplazo en las que un miembro o un órgano toma a su cargo la función de otro, por ablación de éste, le demuestra que la reorganización del funcionamiento sólo se produce de una manera característica si está en juego un interés vital y no si se trata de un acto «por encargo» o experiencial de laboratorio. Es decir, que representa el medio de un retorno al equilibrio para el conjunto del sistema nervioso y no una liberación de un dispositivo local automático. Si no se amputa un miembro sino que se le inmoviliza, el comportamiento del perro, el cangrejo y la estrella de mar no es el de una reorganización sino el de un esfuerzo de liberación, mientras que el hombre, en tales circunstancias, procede rápidamente a una reorganización de su funcionamiento. Lo cual pone «en evidencia, entre el mecanismo ciego y el comportamiento inteligente, una actividad orientada de la que no dan cuenta ni el mecanicismo ni el intelectualismo clásicos» (41).

Y el mejor ejemplo de esta actividad nerviosa orientada hacia el equilibrio funcional lo halla en la visión de los hemianópticos, donde el organismo se adapta rápidamente a la situación creada por la enfermedad, reorganizando el funcionamiento del ojo. Lo que supone una

(40) EC, pp. 62-63.

(41) EC, p. 65.

redistribución de las funciones en los elementos retinianos y en los elementos de la calcarina que parecen corresponder puntualmente a éstos. Redistribución y reorganización que es incomprensible desde el punto de vista de las concepciones clásicas que relacionan las funciones perceptivas de cada punto de la retina con su estructura anatómica.

De donde se concluye que «puesto que las menos conscientes de nuestras relaciones nunca son aislables en el conjunto de la actividad nerviosa, que parecen guiadas en cada caso por la situación interna y externa misma y capaces, hasta cierto punto, de adaptarse a lo que ésta tiene de particular; ya no es posible mantener entre las actividades 'reflejas' y las 'instintivas' o 'inteligentes' la distinción neta que las concepciones clásicas establecían teóricamente. No puede oponerse a un automatismo ciego una actividad intencional cuyas relaciones con éste permanecerían por otra parte oscuras. Sin embargo, la concepción clásica del reflejo se fundaba sobre un cierto número de observaciones que es menester tener en cuenta. Es que todos los grados existen en la organización y en la integración del comportamiento» (42). Verdad es que la actividad nerviosa puede subdividirse en conjuntos parciales y articularse en procesos distintos cuya influencia sea insignificante, es decir, que no todo depende de todo—pues de lo contrario no habría leyes ni ciencia en el organismo ni en la naturaleza—, y que los procesos de conjunto de Koehler admiten un clivaje interior; pero no es menos cierto que los fenómenos no pueden ser considerados como cosas, es decir, como conjuntos dotados de propiedades absolutas, sin respetar las estructuras parciales en que están insertos.

Por ello «el reflejo, tal como las concepciones clásicas lo definen, no representa la actividad normal del animal, sino la reacción que se obtiene de un organismo cuando se le obliga a trabajar, por así decirlo, por piezas sueltas; a responder no a *situaciones* complejas, sino a *estímulos* aislados. Toda reacción orgánica supone una elaboración de conjunto de las excitaciones que confieren a cada una de ellas las propiedades que no tendría sola » (43).

La fisiología clásica, cuando buscaba obtener en el laboratorio reflejos constantes, observaba a veces reacciones inversas para un mismo estímulo, o la misma respuesta para estímulos diferentes. La pseudoconstancia del reflejo que estimaba como normal y los caprichos que

(42) EC, p. 70.

(43) EC, p. 71.

parecen en contradicción con ella, son en realidad dos aspectos diferentes de una misma anomalía de funcionamiento: el no estar centrada la reacción en el conjunto dinámico del organismo. El tal reflejo constante era más bien una reacción «catastrófica» que aparece en las «situaciones-límite». Pero en cuanto la fisiología ha querido analizar modos de adaptación menos rudimentarios—por ejemplo, reacciones que resuelven un problema planteado por el medio o verdaderas acciones—, no ha vuelto a encontrar ni la constancia ni la labilidad extrema de las reacciones precedentes. Lo que se observa, sobre todo si se coloca al animal en una situación natural, es otra suerte de constancia y otra suerte de variaciones: respuestas que «se producen en el cuadro de una situación de conjunto del excitante y que pueden ser diferentes cuando éste interviene en situaciones totales diferentes, es decir, cuando tiene para el organismo significados diferentes» (44) como enseña Goldstein.

«Los reflejos de laboratorio se asemejan a los movimientos de un hombre que camina en la noche y cuyos órganos táctiles, los pies, las piernas, funcionan, por así decirlo, aisladamente. Este funcionamiento por partes separadas representa en la ontogénesis animal una adquisición tardía: sólo se encuentran reflejos propiamente dichos en la salamandra adulta; el embrión ejecuta movimientos de conjunto, movimientos natatorios globales e indiferenciados. Incluso, quizás, es en el hombre donde se encontrarán más fácilmente reflejos puros, pues es tal vez el único que puede librar aisladamente determinada parte de su cuerpo a las influencias del medio. Cuando se examina el reflejo pupilar en un sujeto humano, podría decirse que éste 'presta' su ojo al experimentador; entonces y sólo entonces se observa para un estímulo dado una reacción casi constante; esta regularidad no volverá a encontrarse en el uso vital de la visión» (45).

El reflejo no es así un elemento constructivo del comportamiento animal, cuyo comportamiento podría de ese modo explicarse por la relación de causa-efecto; mas tampoco es una pura abstracción. El reflejo existe, lo que ocurre es que es un caso particular de conducta, observable únicamente en condiciones determinadas. Por ello no puede ser el objeto principal de la fisiología, ya que no puede comprenderse el conjunto viviente a través de él. Considerar como una *realidad bio-*

(44) GOLDSTEIN: *Der Aufbau des Organismus*, p. 111; cfr. EC, p. 73.

(45) EC, p. 73.

lógica cualquier reacción obtenida en el laboratorio interrogando a un organismo enfermo o en condiciones artificiales, supone una concepción ontológica previa que se juzga evidente sin serlo: el postulado realista común al mecanicismo y vitalismo, considerar todos los conjuntos como «cosas», y al cuerpo viviente como una «cosa» al lado de las otras «cosas», sólo distinguible por determinados *caracteres*, pero cuya organización es similar a la del cuerpo físico.

El objeto de la biología es captar lo que hace de un ser viviente un ser viviente, que no es ni la superposición de reflejos elementales, ni la intervención de una «fuerza vital» (pero *fuerza* al fin, como en la física), sino la *estructura indescomponible de los comportamientos*. No son las reacciones automáticas las que nos llevarán al conocimiento de las reacciones ordenadas, sino al revés, por medio de éstas podremos comprender, a título de degradaciones, a aquéllas. Así como la anatomía no explica por sí sola el funcionamiento, sino que remite a la fisiología, de igual modo la fisiología tampoco puede explicar por sí sola el comportamiento del organismo viviente, sino que tiene que remitir, a su vez, a la biología (46).

«En resumen, la crítica de la teoría del reflejo y el análisis de algunos ejemplos muestran que debería considerarse al sector aferente del sistema nervioso como un campo de fuerzas que expresan concurrentemente el estado intraorgánico y la influencia de los agentes externos; esas fuerzas tienden a equilibrarse según ciertos modos de distribución privilegiados y obtienen de las partes móviles del cuerpo los movimientos propios a ese efecto. Los movimientos, a medida que se ejecutan, provocan modificaciones en el estado del sistema aferente que, a su vez, provocan nuevos movimientos. Ese progreso dinámico y circular aseguraría la regulación flexible que se necesita para dar cuenta del comportamiento efectivo» (47).

Y ahora estamos en disposición de preguntarnos ¿cuál es aquel principio que *constituye* el orden en el funcionamiento nervioso, en lugar de sufrirlo? Vimos que tras exponer las contradicciones de la concepción clásica del reflejo, terminaba afirmando la necesidad de poner tal principio *constituyente* ¿cuál es? la categoría de la *forma*.

(46) Cf. EC, p. 74.

(47) EC, p. 75.

Así termina también la Gestalttheorie su crítica del «espíritu anatómico» en fisiología, y de ella lo obtiene Merleau-Ponty. ¿Por qué? pues porque, como afirmaba Köehler, «hallamos que existen 'sistemas físicos' cuyas propiedades son semejantes a las que hemos reconocido en el sistema nervioso: evolucionan hasta un estado de equilibrio privilegiado y hay dependencia circular entre los fenómenos locales» (48). Introduciendo así la categoría de forma, que tiene aplicación tanto en el dominio inorgánico como en el orgánico, permitiría hacer aparecer en el sistema nervioso, sin hipótesis vitalistas, las «funciones transversales» de que había hablado Wertheimer y cuya existencia la observación confirma. Las «formas» y, en particular, los sistemas físicos se definen como procesos vitales, cuyas propiedades no son la suma de las que poseyeran las partes aisladas, o, mejor, como todos transponibles. Y como se dice que hay forma allí donde las propiedades de un sistema se modifican por todo cambio aportado a una sola de sus partes, y se conservan, por el contrario, cuando cambien todas manteniendo entre sí la misma relación, y esto es aplicable a los fenómenos nerviosos, como acabamos de darlo en el resumen transcrito, no hay inconveniente de momento, en considerar a la «forma» como el principio constituyente de ese orden, pues conviene analógicamente a los dos tipos de procesos. El problema estará en dilucidar el carácter distintivo de unas y otras y si se puede admitir o hay que rechazar la reducción de las «formas fisiológicas» a «formas físicas» (49).

Contra la teoría de Lapicque introduciendo el problema del orden que haría superflua la categoría de la «forma» al explicarlo por su doctrina de las cronaxias; hace ver que lo que la cronaxia explica es la integración, el hecho de que «el conjunto de los comandos nerviosos es capaz de hacer reaccionar a todos los músculos del cuerpo bajo la excitación de los puntos más diversos de la periferia», pero falta aún por comprender cómo entre todos los sistemas de relaciones posibles, sólo se realizan de ordinario aquellos que tienen un valor biológico; cómo se llega a un «movimiento» y no a «espasmos convulsivos sin eficacia». Lo que pone, pues, de manifiesto la teoría de la cronaxia es lo mismo que ya habíamos comprendido: que la función propia del sistema nervioso es la *organización* de trayectos nerviosos a cada momento. Mas, ¿cuál es el principio constituyente de esa función, de ese orden? Tal

(48) *Ibid.*

(49) Cf. EC, p. 76.

teoría no lo puede explicar. La unidad del funcionamiento nervioso es un carácter objetivo de éste y aún más lo es cuando se trata de aquella unidad de determinación recíproca que lo distingue de los fenómenos simplemente circulares; pero tal unidad se quiebra cuando se la concibe como un «resultado», a saber, derivándola de la multiplicidad de fenómenos locales a la que es inmanente, luego hay que explicarla mediante un «principio de orden» exterior, que es lo que se expresa, en el mismo Lápique, con el término «dominación» de los centros encefálicos. La auto-distribución que tal actividad dominadora quiere indicar es la que expresa la noción de forma.

3.—*Los comportamientos superiores.*

En este segundo capítulo de la obra, Merleau-Ponty se enfrenta con el problema planteado por Pavlov, en función de los comportamientos superiores, a saber, cómo puede el organismo entrar en relación con un medio mucho más extendido y rico que aquel que actúa inmediatamente sobre sus terminaciones sensoriales, bajo forma de estimulaciones físicas y químicas; con otras palabras, cómo entra el organismo en relación con el mundo. Y copia unos párrafos de Pavlov: «los reflejos congénitos no son suficientes para la vida animal. La vida diaria exige relaciones más detalladas, más especiales del animal con el mundo circundante... los hechos ocurren de la manera siguiente: una multitud de agentes de la naturaleza dan con su presencia la señal... a los agentes relativamente poco numerosos que condicionan los reflejos congénitos. De esta manera se obtiene el equilibrio preciso y fino del organismo con el mundo circundante. A esta actividad de los hemisferios la he llamado actitud de señalamiento. Esta señalización muestra todas las características del acto nervioso llamado reflejo. Será justo llamar a estos reflejos adquiridos, reflejos condicionales o reflejos de contacto» (50).

Comienza exponiendo la teoría reflexiológica de éste: la ley de irradiación, que necesita compensarse con la teoría de la inhibición y de las funciones transversales, y analizando una de sus experiencias (la del sonido S que nunca ha sido asociado a la carne en polvo y que es presentado varias veces al mismo tiempo que el excitante luminoso L que ha llegado a ser estímulo condicional de la secreción gástrica) hace ver cómo «la necesidad en que Pavlov se encuentra de corregir a

(50) Cf. EC, p. 83.

cada instante una ley con otra ley prueba, sin duda, que no ha descubierto el punto de vista central desde el cual podrían ser coordinados todos los hechos» (51), y que «el excitante verdadero de las reacciones condicionadas no es ni un sonido, ni un objeto, considerados individualmente, ni una reunión de sonidos o de objetos considerados como conjuntos a la vez individuales y confusos, sino más bien la distribución de sonidos en el tiempo, su continuidad melódica, las relaciones de tamaño de los objetos en general: *la estructura precisa de la situación*» (52).

Por ello, «lejos de ser una descripción fiel del comportamiento, la teoría de los reflejos condicionados es una construcción inspirada por los postulados atomistas del análisis real. Transporta a la actividad orgánica los modos de clivaje que convienen a un universo de cosas, y no representa en ningún grado el instrumento necesario de una investigación científica» (53). Es decir, se mantiene sobre unos supuestos ontológicos empiristas y sólo es defendible dentro de los mismos, pero la experiencia los niega radicalmente, haciendo ver que la tal teoría de los reflejos condicionados no es una transcripción fiel o trasunto verdadero de una seria investigación científica, sino una construcción *a priori* que se intenta justificar tergiversando los principios más elementales que los hechos enseñan, a base de inventar siempre salidas, «leyes», que encuadren todas las contradicciones. Con otras palabras: no se acude a la investigación científica como instrumento y medio del conocimiento para obtener principios válidos que nos den una filosofía; sino, al contrario, partiendo de unos supuestos filosóficos que se consideran, sin más, evidentes y verdaderos, se construye una teoría, que es proyectada a continuación sobre los hechos para interpretarlos y hacer que éstos se acomoden a aquélla y no al revés. En el fondo, lo que está latente en este *modo* de actuar es la postura del criticismo, aun cuando en este caso se monte esa postura sobre supuestos empiristas. Mas si éstos fueran intelectualistas el *modo* de actuar sería el mismo, por lo cual empirismo e intelectualismo difieren mucho menos de lo que se suponía aparentemente (54).

(51) EC, p. 86.

(52) EC, p. 88.

(53) EC, p. 89.

(54) «El procedimiento de pensamiento es, aquí y allá, el mismo. Se comienza por suponer que, para cada percepción de un objeto cuya distancia varía, se dan 'en' la conciencia imágenes individuales de dimensiones diferentes o en el organismo procesos fisiológicos sin común medida. Y el problema consiste luego en en-

Y es que Pavlov, decidido a fundar una ciencia del comportamiento, quiso, para atenerse más a los hechos, admitir sólo explicaciones fisiológicas. Mas como el mismo «hecho fisiológico» envuelve ya un equívoco en su noción, puesto que se le aplica unas veces a los fenómenos directamente observados en el cerebro y otras, las más, a lo que el análisis del comportamiento nos hace suponer tras las acciones del animal o del hombre; lo que permite, así, transferir el privilegio de objetividad que en la primera acepción—y por un prejuicio «realista»—tiene, a la segunda; y por otra parte lo que conocemos directamente del funcionamiento nervioso es tan poca cosa que no permite utilizarlo como guía en el análisis del comportamiento; resulta que nadie puede partir de la fisiología y sólo de ella para hacer una ciencia del comportamiento. De aquí que, el mismo Pavlov, haya tenido que montar su fisiología sobre una psicología y ha ido a escoger precisamente los postulados menos defendibles de la antigua psicología empirista. Por ello, ni siquiera ha empleado un método fisiológico, sino que ha utilizado una fisiología imaginaria, inventando las nociones de inhibición e inducción recíproca que le permitan tapar todas las fisuras de su teoría y construir una explicación que deje intacta la noción de reflejo condicionado. Y porque transportaba directamente al sistema nervioso central las nociones descriptivas halladas en la observación del comportamiento superior llegó a creer que empleaba un método fisiológico.

Pero sus mismas experiencias con perros ponen al descubierto la gran diferencia que existe entre el comportamiento observable y las hipótesis anatómico-fisiológicas con que lo quiere explicar. Si la expresión «reflejo condicionado» tiene un sentido, debe designar una reacción relativamente *estable*, ligada a ciertos estímulos. En cambio, la observación del comportamiento animal, tal como en esas mismas experiencias se expone, revela que sus reacciones son *variables*, que pueden dissociarse e incluso invertirse. El mecanicismo de estimulaciones, inhibiciones y desinhibiciones que Pavlov invoca, para justificar esta variabilidad, tiene necesariamente el aspecto de un expediente destina-

contrar en una operación intelectual o en alguna conexión asociativa el medio de traer a la unidad esos individuos psíquicos o fisiológicos. Pero el problema no se plantearía así ni esas soluciones serían de considerar si no se hubiera comenzado por tratar respectivamente a las 'imágenes psíquicas' de un mismo objeto o a los procesos fisiológicos que él suscita en el sistema nervioso como otras tantas realidades separadas, si se hubiera elegido como noción directiva en psicología y en fisiología la estructura y no el átomo» EC, p. 89.

do a encubrir el desacuerdo entre la teoría y la experiencia, ya que los procesos de la fisiología cerebral nos son desconocidos. Una teoría, pues, como la de Pavlov, que sin apoyo experimental, supone fuerzas de sentido contrario, para hacer intervenir en cada momento el principio que más le convenga, niega la experiencia en sí misma y pretende hacerla acomodarse a sus esquemas preconcebidos, no tiene justificación científica. Sus categorías no están sacadas de los hechos sino que se imponen a éstos pretendiendo dominarlos y enmascararlos. Si hubiera seguido un método deliberadamente psicológico y descriptivo los resultados ofrecerían más garantías (55).

La crítica del atomismo tanto psicológico como fisiológico que, hasta ahora, se ha realizado de un modo principal poniendo al descubierto los fallos de la teoría del reflejo, pasa a ser reemprendida por Merleau-Ponty, resumiendo las ideas y exponiendo los argumentos en que los autores generalmente concuerdan respecto del «funcionamiento central del sistema nervioso» con el problema de las «localizaciones cerebrales». A continuación estudiará las categorías bajo las que pueden ser positivamente pensados los fenómenos revelados por esa crítica y de este modo saldrán más patentes las nociones de «forma» y «estructura» que le van a permitir exponernos las «estructuras del comportamiento».

Veamos el resumen: en primer lugar, ya sabemos que Pavlov recurría al sistema nervioso central para explicar el comportamiento. Decía, por ejemplo, que «a causa de que los dos procesos (excitación e inhibición) se limitan mutuamente en el estado de vigilia, se produce en los hemisferios cerebrales un inmenso mosaico donde encontramos, los unos al lado de los otros, por una parte los puntos excitados y por la otra los puntos inhibidos y en un puro estado temporal de sueño. La presencia de esos puntos entremezclados, ya excitados, ya adormecidos, determina el comportamiento total del animal» (56). Entre los estímulos, el sistema nervioso central y el comportamiento Pavlov admite una especie de correspondencia puntual y unívoca; así, el sistema nervioso dirigiría el comportamiento por una acción comparable

(55) Cf. EC, pp. 89-94.

(56) Cf. EC, pp. 95-96.

a la del timón en un barco o el volante en un automóvil ; esto es, el órgano director ejercería una acción casi mecánica y, para una dirección de marcha dada, una sola posición de este órgano resultaría posible.

Semejante explicación sólo sería aplicable en todo caso a la corteza cerebral, donde las fibras nerviosas aferentes y eferentes se proyectan puntualmente. Mas es el caso que la existencia de reacciones condicionadas motoras en los peces que no tienen corteza cerebral, e incluso en los invertebrados y hasta en los protozoarios, sugiere que esas reacciones no están ligadas a ningún dispositivo anatómico particular y que deben expresar una propiedad general de los fenómenos nerviosos o incluso de los fenómenos biológicos, luego cae por su base tal interpretación que, como en la antigua concepción de las localizaciones constituye a los fenómenos nerviosos en un mosaico y hace que la actividad nerviosa no sea nunca un proceso autónomo de distribución.

Pero es que ni siquiera, en cuanto concierne al funcionamiento de la corteza cerebral misma, está la fisiología moderna de acuerdo con la opinión de Pavlov. Tal es la consecuencia que se obtiene de los resultados admitidos corrientemente por todos los fisiólogos contemporáneos (años 1935-38) acerca del sentido de las localizaciones cerebrales en general, sobre la significación del lugar en la sustancia nerviosa. Su revisión nos ayudará a conocer el «sector central» del comportamiento y su inserción en el cuerpo :

«1.º Una lesión, aún localizada, puede determinar trastornos de estructura que interesen al conjunto del comportamiento, y análogos trastornos de estructura pueden ser provocados por lesiones situadas en diferentes regiones de la corteza» (57).

Estos hechos y las contradicciones de la teoría, han obligado a los psicólogos y fisiólogos modernos a rechazar los postulados (teoría de las imágenes verbales, filosofía «realista» de las facultades que analizaba los actos en fragmentos reales y al par los convertía en abstracciones) pues los aislaba del contexto, y espíritu anatómico que buscaba realizar el funcionamiento nervioso en conexiones visibles y territorios circunscritos) que les habían guiado en la concepción clásica de las localizaciones. Las lesiones de la corteza rara vez dan lugar a trastornos electivos que interesen *aisladamente* ciertos fragmentos del comportamiento

(57) EC, p. 97.

normal, que hagan inaccesible un cierto *stock* de movimientos ; lo ordinario es que se haga posible *un cierto tipo de actos*, un cierto nivel de acción y por consiguiente el trastorno no se limite a una facultad particular sino que se vuelva a encontrar, en grados variables, en todas aquellas facultades que exigen la misma actitud, nivel o manera de actuar. Así, dice Goldstein, «cada vez que (el enfermo) está obligado a salir de lo real para entrar en la esfera de lo que sólo es 'posible' o 'concebido', se ve conducido al fracaso» (58) y esto ya se trate de la acción, la percepción, la voluntad, el sentimiento o el lenguaje. Se trata pues de la deficiencia de una función fundamental que Gelb y Goldstein llaman «actitud categorial», Head : poder de «expresión simbólica», Woerkom «función de mediatización», y que podría definirse como la «incapacidad de aprehender lo esencial de un proceso», o también como la incapacidad de destacar netamente un conjunto percibido, concebido o representado, a título de *figura* sobre un *fondo* tratado como indiferente.

La transformación que la enfermedad opera en el comportamiento es hacerlo menos diferenciado, menos organizado, más global, más amorfo. Así en la alexia el enfermo puede leer su nombre como palabra, pero no las letras que lo componen tomadas separadamente ; en la afasia motora, puede pronunciar una palabra incluida en un conjunto verbal, pero no aislada. En la hemiplejía, los movimientos de conjunto continúan siendo a veces posibles, mientras que los detallados quedan comprometidos. Luego la enfermedad no concierne directamente al contenido del comportamiento, sino a su *estructura*. Y así la conducta del enfermo no puede deducirse de la del normal, por simple substracción de partes ; sino que representa una alteración *cualitativa*, y sólo en la medida en que exigen del sujeto una actitud de que ya no es capaz, resultan efectivamente trastornadas ciertas acciones. El funcionamiento patológico no es, por lo tanto, homogéneo, como se creía, al funcionamiento normal ; sino que «es una *significación* nueva del comportamiento, común a la multitud de los síntomas, y la relación del trastorno esencial con los síntomas no es ya la de causa a efecto, sino más bien la relación lógica de principio a consecuencia o de significación a signo» (59). Es decir, que alterada la estructura del comportamiento se pierde la capacidad de significar, a determinado nivel, en cualquier fa-

(58) Cf. EC, p. 100.

(59) EC, p. 101.

cultad: determinados objetos no podrán ser comprendidos más bajo *tal* signo, pero podrán serlo bajo otro cualquiera diverso aunque pertenezcan a aquellas facultades en las que se habían presentado los trastornos. Por ejemplo, un herido de guerra (Schneider) siente trastornos, no en actividades determinadas de un solo sentido—como tendría que ser en el caso de las localizaciones cerebrales—sino en la recepción, el reconocimiento, el recuerdo visual, la espacialidad de los datos táctiles y el reconocimiento táctil, la motricidad, la memoria, la inteligencia y el lenguaje, siempre que de lo que se trate sea de reaccionar correctamente, poseer un dato instantáneo como un algo articulado, pero en cambio actúa viva y felizmente cuando su misión o tarea debe realizarse mediante un proceso sucesivo. ¿*Qué ha ocurrido?* la lesión no ha suprimido ciertas actividades de un sentido o una facultad, sino que ha determinado un trastorno de estructura que ha interesado al conjunto del comportamiento dándole a éste una *significación* nueva: la de que cierto tipo de actos o de objetos no tienen ya *sentido* para él y que cuando se presentan lo tienen en otras direcciones determinadas; las cosas, los objetos son captados por él bajo un *signo* o *sentido* distinto. No quedan pues anulados cierto número de movimientos, sino la *capacidad* para realizar determinado *tipo* de actos.

Luego la existencia de trastornos de estructura sugiere la existencia de una función general de organización del comportamiento. La estructura debe privar sobre los contenidos y la fisiología sobre la anatomía. Esa función general parece ser, por determinadas experiencias, que podría caracterizar a la región central de la corteza, pero no limitarse a la parte más central de esa región, sino que supondría la integridad del conjunto y las lesiones excéntricas podrían comprometerla. Y en ningún caso entenderse al modo de una multitud de dispositivos anatómicos encargados cada uno de un cierto movimiento, sino más bien de un sistema regulador capaz de dar a los comportamientos que de él dependen, ciertos caracteres generales.

«2.º Sin embargo no puede tratarse el funcionamiento nervioso como un proceso global donde todas las partes del sistema intervinieran a igual título. La función nunca es indiferente del sustrato por el que se realiza» (60).

(60) EC, p. 108.

Los mismos autores concuerdan efectivamente en reconocer que el emplazamiento de las lesiones determina, por así decirlo, el punto de aplicación principal de los trastornos de estructura y su distribución diferencial. Así, por ejemplo, se observan deficiencias marcadas en el dominio perceptivo cuando la lesión es en la región posterior del cerebro, vecina del sector óptico y trastornos preferentes en el lenguaje cuando es en la anterior del cerebro.

Tras la destrucción de una región especializada de la corteza pueden darse *suplencias*, pero nunca la restitución de la función; es decir, se da una reorganización que oculta la deficiencia, pero sin hacerla desaparecer.

Sin embargo, los hechos que obligan a admitir esta especialización de las regiones cerebrales no suprimen la relación de las mismas con el conjunto *en el funcionamiento*; pues los mismos autores concuerdan en admitir que esas regiones cerebrales no están especializadas en la recepción de ciertos contenidos, sino más bien en *estructuración* de los mismos. Lo que significa que no son el asiento de ciertos dispositivos autónomos, sino el terreno de ejercicio de una actividad de organización, aplicada ciertamente a un determinado tipo de material. Es decir, que si el funcionamiento natural de la región occipital—con el cual se constituyen las formas visuales—exige la colaboración de la región central de la corteza, a su vez, la aprehensión de los conjuntos simultáneos, cuando los contenidos visuales son indisponibles, se vuelve rudimentaria; no porque dependa de ellos como el efecto depende de su causa, sino porque sólo ellos le proporcionan el simbolismo adecuado, los medios privilegiados de su realización. Las distintas regiones necesitan, pues, la colaboración del centro; y, a su vez, la actividad central necesita de la asistencia de las regiones; pues aquella, repetimos, encuentra en éstas los medios privilegiados de su realización. Por eso, cuando queda lesionada una región surge el fenómeno de suplencia, mas la suplencia nunca es restitución y el comportamiento se vuelve más rudimentario (61).

«3.º *El lugar en la sustancia nerviosa tiene, en consecuencia, una significación equívoca. Sólo puede admitirse una concepción mixta de las localizaciones y una concepción funcional del paralelismo*» (62).

(61) Cf. EC, pp. 108-111.

(62) EC, p. 112.

En efecto, ciertos comportamientos dependen de la *corteza central* porque son de *igual estructura*, se dejan clasificar bajo una misma idea, se sitúan en el mismo nivel humano; y no, porque estén hechos con los mismos movimientos elementales que tendrían allí sus fichas o sus comandos, como sostiene la teoría de las localizaciones cerebrales. Y en consecuencia que una lesión en la región central de la corteza produce los efectos observados, no porque destruya tales o cuales células, tales o cuales conexiones, sino porque compromete tal tipo de funcionamiento o tal nivel de conducta, es decir, tal actividad global capaz de conferir a movimientos materialmente distintos una misma forma típica, un mismo predicado de valor, una misma *significación*.

Si definimos al cerebro como «una masa de células y de conductores», los comportamientos superiores no estarían *contenidos* en el cerebro, sino que sólo *dependerían* del cerebro como *entidad funcional*. Y si por espacio entendemos una multiplicidad de partes, exteriores las unas a las otras, podremos considerar al cerebro en un espacio definido por la exterioridad mutua de partes homogéneas, cierto, pero la *realidad fisiológica* del cerebro no será nunca representable en ese espacio y por lo mismo, los comportamientos superiores tampoco; pues se trata de funciones de actividades globales, de conjuntos significativos, y no de la suma de actividades de mecanismos especializados, cada uno de los cuales correspondería a un lugar *en* el cerebro y a un movimiento *en* el espacio.

Por ello, en caso de lesión, cualquiera que sea su emplazamiento y desarrollo, se producirá una desintegración sistemática de la función.

Y si la lesión es en los conductores que llevan al cerebro los mensajes recibidos por los sentidos o distribuyen a los diferentes músculos las excitaciones convenientes, su efecto será sustraer el organismo a la influencia de ciertos estímulos, o suprimir un cierto stock de movimientos, sin que haya nada de sistemático en la deficiencia sensorial o motora.

Se distinguen dos tipos de «localizaciones»: las llamadas «verticales» que corresponden a los comportamientos, los cuales no son representables en el espacio, por cuanto son funciones globales, y las llamadas «horizontales» que corresponden a la activación de diferentes regiones del sustrato según sean los contenidos percibidos o los diferentes movimientos ejecutados. Estas como responden a un punto de la superficie sensible o de los músculos y a un estímulo exterior o un movimiento en el espacio, dependen de éste en cuanto a su origen, mas

a partir de su entrada en los centros especializados de la corteza, sufren una serie de estructuraciones que las disocian del contexto de hechos espacio-temporales en que estaban realmente comprometidas, para ser ordenadas según las dimensiones originales de la actividad orgánica y humana. Con otras palabras: la situación en los nervios receptores de los estímulos elementales no determina de una manera unívoca los caracteres espaciales o cualitativos de las percepciones correspondientes, pues éstas dependen ya de la constelación de estímulos simultáneos, que están en relación funcional con el centro. Así, en los trastornos de la visión elemental (colores y luz) hallamos no un déficit que dependa del lugar de la lesión, sino una destrucción sistemática de la función visual, que va de la visión de los colores más «integrada» y más frágil, a la visión de la luz, menos integrada y más sólida. Por eso, la distinción clásica de las zonas de proyección y de asociación no es satisfactoria.

En cuanto al paralelismo entre la actividad nerviosa y las operaciones de conciencia, hay que afirmar en vista de los hechos, que «la antigua fisiología no estaba equivocada» (63). Pero el método del análisis elemental, que al descomponer el todo en una suma de partes reales, disociaba el funcionamiento nervioso en un mosaico de procesos yuxtapuestos, y los repartía entre centros autónomos y reducía los actos de la conciencia a la asociación de contenidos reales o al juego combinado de facultades abstractas daba un paralelismo ilusorio.

Pueden, es cierto, hacerse corresponder sensaciones aisladas a excitaciones locales, pero siempre es en un medio artificial de experiencia de laboratorio, mas nunca en el funcionamiento nervioso normal o de la conciencia viva; porque tales sensaciones y excitaciones no son sus elementos integrantes. Por eso se impone sustituir ese paralelismo de los elementos o contenidos, por un *paralelismo funcional o estructural*.

«No se reúnen ya, dos a dos, los 'hechos psíquicos' y los 'hechos fisiológicos'. Se reconoce que la vida de la conciencia y la vida del organismo no están formadas por una polvareda de hechos exteriores los unos a los otros, que psicología y fisiología investigan una y otra los modos de organización del comportamiento y los grados de su integración, la una para describirlos, la otra para asignarles su soporte corporal» (64)

(63) EC, p. 116.

(64) EC, pp. 117-118.

¿Bajo qué categorías pueden ser positivamente pensados los fenómenos revelados en esta crítica? la mayoría de los autores se comportan como si bastara *corregir* el atomismo con las nociones de *integración* y de *coordinación*; sin caer en la cuenta que de lo que se trata no es de corregir sino de hacer ver la falsedad de sus supuestos, para poder llegar a un verdadero conocimiento psicológico y fisiológico; lo otro sería mantenerse bajo los mismos supuestos ontológicos falsos, adoptando la postura antitética o de contrapartida.

Analizando tres ejemplos, tomados respectivamente de la percepción espacial, de la percepción cromática y de la fisiología del lenguaje, hacer ver cómo las nociones de integración y de coordinación no bastan para dar cuenta de los resultados generalmente admitidos hoy en el problema de las localizaciones; pues suponen, precisamente lo que los mismos niegan. Es preciso negar los supuestos atomistas para comprender el comportamiento superior y explicar los resultados obtenidos.

Tanto la integración como la coordinación aparecen, en las experiencias, como resultados o efectos de un fenómeno de estructura o de forma. Así «no es *porque* dos excitaciones retinianas están insertas en el mismo circuito asociativo, por lo que sus correspondientes psíquicos reciben igual función en el espacio percibido; sino, al revés, esta función común es la que los designa para estar unidos por un circuito asociativo» (65). Y en el análisis de las condiciones fisiológicas de la percepción cromática, se llega a idénticas conclusiones: «el valor cromático que se asigne en la percepción a determinado punto del campo visual no es solamente un efecto compuesto de la excitación local y de las excitaciones simultáneas distribuidas sobre la retina. Depende también del valor cromático asignado al fondo, y éste tiende hacia la neutralidad, cualquiera sea la excitación recibida, en virtud de una ley de equilibrio, propia del sistema nervioso... Pero hay más. El valor cromático de una excitación dada no depende solamente de la estructura cromática del conjunto sino también de su estructura espacial» (66). Y es que la hipótesis de un teclado de los colores, como elemento integrador y coordinador, está ligada a la antigua concepción de un paralelismo de los contenidos y concuerda mal con la concepción moderna de un paralelismo del funcionamiento nervioso y del funcionamiento psíquico (67).

(65) EC, p. 122.

(66) EC, pp. 126-127.

(67) Cf. EC, p. 130.

Si el problema se traslada al ejemplo de la fisiología del lenguaje, aparece una vez más como evidente que las nociones de integración y coordinación, en lugar de solventar los problemas que el atomismo plantea, son más bien un compromiso con él. Solamente podrían servir para designar el «automatismo» de ciertos montajes rígidos por los cuales las actividades parciales llegan a ser solidarias una de la otra; pero no para designar el funcionamiento natural o el uso normal del lenguaje, pues éste responde siempre a una estructura dibujada en su conjunto. La frase del orador, de hecho, en el uso normal del lenguaje, se organiza completamente sola, de tal forma que las primeras palabras están ya rimadas y acentuadas de una manera que conviene al final de la frase, la cual sin embargo no está aún determinada, sino como las últimas notas de una melodía están preformadas en su estructura de conjunto. Sólo por un fenómeno patológico se puede dar la necesidad previa de tomar conciencia de los medios de expresión por sí mismos, es decir, la contemplación de las «imágenes verbales» (68).

«En resumen, ya se trate de la comprensión de una palabra o de la percepción de los colores y de las posiciones espaciales, no puede verse en el funcionamiento nervioso la puesta en acción de dispositivos preestablecidos, que los estímulos, en razón de sus propiedades objetivas, vendrían a desencadenar desde fuera. El proceso fisiológico que corresponde al color o a la posición percibidos, a la significación de la palabra, debe ser improvisado, constituido activamente en el momento mismo de la percepción. La función tiene pues una realidad positiva y propia; no es una simple consecuencia de la existencia de los órganos o del sustrato. El proceso de excitación forma una unidad indescapable y no está hecho de la suma de los procesos locales. El color o la posición que serán efectivamente percibidos como consecuencia de tales excitaciones retinianas no depende solamente de las propiedades de éstas, sino de las leyes propias del funcionamiento nervioso. No son los estímulos los que hacen las reacciones o determinan el contenido de la percepción. No es el mundo real el que hace el mundo percibido... Sólo puede conocerse la fisiología viva del sistema nervioso partiendo de los datos fenoménicos» (69).

Estas afirmaciones no suponen en Merleau-Ponty tonalidad alguna kantiana o criticista, ya que, como vimos al principio de esta exposi-

(68) Cf. EC, pp. 130-133.

(69) EC, pp. 133-134.

ción, se enfrenta de un modo claro e indudable con esa postura. Lo que aquí niega es que el mundo de los estímulos o excitantes de tal modo determine el mundo fisiológico que éste no sea sino una copia exacta de aquél; que la concepción del «positivismo realista» sea cierta, con la cual la fisiología quedaría en verdad reducida a la tesis atomista del «pensamiento anatómico»; que ese mundo «real» del positivismo haga, en virtud de la teoría del arco reflejo, las reacciones mediante un mecanicismo de la actividad anatómica y determine así el contenido de la percepción; pues si un estímulo es tal para el organismo en su funcionamiento normal, lo es en virtud de una estructura o un modo de comportamiento, que provoca tal tipo de reacciones ante tales estímulos, o tal otro tipo ante los mismos; o también este tipo de reacciones ante estímulos diferentes; según sea el nivel de comportamiento o la estructura funcional bajo la que son percibidos. Los estímulos son percibidos con un sentido u otro en virtud de la estructura funcional o estructura de comportamiento que se aplique en la percepción. Por ello, la función fisiológica tiene una realidad positiva y propia, no está predeterminada por la estructura anatómica (la fisiología no se reduce a la anatomía) y en consecuencia, lo que llamamos «proceso de excitación» en cuanto que es una función fisiológica está por encima de la suma de una serie de procesos locales de estímulo-reflejo; y tiene una unidad en sí, indescomponible. De este modo, la experiencia nos dice que cada «signo local» depende de *un proceso global de excitación* en el que participan, además de las excitaciones retinianas, las que provienen de los músculos óculo-motores, de los aparatos de equilibración y del conjunto de músculos del cuerpo, es decir, no sólo del aparato que estaría formado por la superficie sensible que recibe el estímulo, el nervio conductor y la célula cerebral. Ya decía la escolástica que esto no era suficiente, sino que se requería un «sentido común» interno (su definición es totalmente diversa de lo que quiere decir Merleau-Ponty cuando habla del «sentido común») que organizara todos los datos sensibles en una *unidad superior* y de otro orden. Para que ese «signo local» pueda ser percibido en una «posición» no basta que nuestro cerebro localice acá o allá, a la derecha o izquierda de nuestro cuerpo, en éste o aquel miembro, el estímulo, sino que se requiere un cuadro espacial mucho más amplio que el sector sensible actualmente percibido. Y en ese cuadro espacial deben estar incluidas una serie de relaciones y conexiones a cada una de las partes de nuestro cuerpo, a la postura actual del mismo, pero también a todas las posibles posicio-

nes que puedan adoptar tanto nuestros miembros dentro de la postura actual y de las infinitas posturas y situaciones en que nuestro cuerpo pueda estar situado, así como también las que pueda adoptar en diversas regiones de espacio. Y esto no lo puede explicar jamás la doctrina del arco reflejo o de las localizaciones cerebrales, la pura estructura anatómica, sino que requiere esa unidad de conjunto que es la «función fisiológica» en Merleau-Ponty. Tampoco puede admitirse la solución del «empirismo fisiológico» por la que tales hechos se explicarían en virtud de que las «estructuras funcionales» realizadas por la actividad nerviosa, se reducirían a asociaciones por contigüidad creadas en el curso de la experiencia, pues ya vimos que para que tales asociaciones se den hay que suponer un principio constituyente de las mismas: nunca se dan materialmente idénticas dos experiencias, «aprender no es, pues, jamás el volverse capaz de repetir el mismo gesto sino de proporcionar a la situación una respuesta adecuada por diferentes medios» (70), según ha demostrado Merleau-Ponty a través de las experiencias mismas de Pavlov y Koehler, entre otros.

Y así como la anatomía no explica la fisiología, el estímulo no es el que explica la reacción—ésta depende de un cuadro de conjunto, de un proceso global—, ni determina el contenido de la percepción. Por ello, el mundo «real» de los estímulos no es el que hace posible el mundo percibido. Y si el análisis fisiológico quiere captar el funcionamiento verdadero del sistema nervioso, no puede recomponerlo a partir de los efectos que obtiene la psicofisiología aplicando a los receptores estímulos aislados, pues es una abstracción artificial de laboratorio que proporciona en la práctica las más variadas reacciones, porque está a cien leguas del comportamiento normal; ni tampoco en función del comportamiento patológico, por la misma razón. Solo puede conocerse la fisiología viva del sistema nervioso *partiendo* de los datos fenoménicos, o, como dirá la escolástica, de los «datos objetivos» (en Merleau-Ponty, la expresión «dato fenoménico» no tiene la tonalidad estrictamente kantiana, sino más bien la positivista, que viene a ser similar del «dato objetivo» en la genuina escolástica).

Pero todo «dato fenoménico» supone una «percepción» y la percepción no es explicable al nivel de la fisiología sino al de la psicología.

(70) EC, p. 144.

Por ello, si bien la fisiología viva del sistema nervioso sólo puede conocerse a través de esos datos fenoménicos y no de la abstracción artificial de la doctrina de los estímulos ; el mundo percibido sólo puede ser, a su vez, *explicado* a través de la psicología del comportamiento superior, que es quien nos dirá por qué lo percibido es percibido, o cuáles son las estructuras del comportamiento al nivel de la percepción—y no al nivel de la anatomía y fisiología, que es lo que hemos considerado hasta aquí—. El comportamiento tiene un sustrato fisiológico, como la fisiología tiene un sustrato anatómico ; mas si, como hemos visto, éste no puede explicar a aquélla y por consiguiente la fisiología no es reductible a la anatomía ; tampoco el sustrato fisiológico puede explicar el comportamiento y la psicología no es reductible a la fisiología (71). Más adelante confirmaremos lo que dijimos al principio : que tampoco la psicología puede explicar, por sí sola, la filosofía, porque ésta no se reduce a aquélla ; o, con otras palabras, que para hacer—como quiere Merleau-Ponty—una filosofía trascendental o radical, que no parta de unos supuestos previos o principios postulados, sin demostrar, no hasta la psicología, aunque sea del comportamiento humano, sino que se requiere, al par, ir conducidos por una filosofía.

Así como el método anatómico nos remitía—para su verdadera explicación—al fisiológico, así también ahora éste nos remite al comportamiento. Pasemos, pues, al examen directo de los comportamientos superiores y veamos cómo explica Merleau-Ponty sus estructuras.

(continuará)

TOMAS MONTULL, O. P.

(71) Cf. EC, pp. 133-140.